

OBRAS QUE PODEMOS SERVIR

«Los envenenadores de Chicago», por Upton Sinclair.....	225 fr.
«El Inferno», por Henry Barbusse.....	175 »
«Sin novedad en el frente», por Erich-María Remarque.....	175 »
«El tesoro de los humildes», por Mauricio Maeterlinck.....	175 »

OBRAS DE TEXTO EN ESPAÑOL

«Geometría elemental», por J.-B. Puig.....	100 »
«Elementos de Geometría», por J.-B. Bruñó.....	100 »
«Aritmética», de Dalmau Carles (primera parte).....	140 »
«Aritmética», de Dalmau Carles (segunda parte).....	175 »
«España mi Patria», por Dalmau Carles.....	250 »
«Compendio de la Historia Universal», por C. Cantu (2 t.), el t.	200 »
«Epítome de la historia de España», por Rafael Altamira.....	200 »
«Compendio de la Gramática de la Lengua Española».....	450 »
«Aritmética razonada y nociones de álgebra», por Dalmau Carles	450 »
«Tratado de análisis gramatical y lógico», por Simón de Aguilar	200 »
«Compendio de literatura general y de historia», por F. Soldevilla	250 »
«Métode Simonne para aprender el francés».....	225 »
«Clave de los ejercicios Simonne».....	100 »

OBRAS SELECTAS

«El Matrimonio Perfecto», Van de Velde.....	560 »
«Enciclopedia del conocimiento sexual», por los Dres. Willy y Coster.....	640 »
«Eugenesia y armonía sexual», por el Dr. H. Rubin.....	560 »
«El gran dictador», por Wells.....	350 »
«Episodios Nacionales», de B. Pérez Galdós. El volumen 480 frs. Obra entera.....	4.800 »
«Del pasado y del futuro», por Wells.....	350 »
«El trabajo, la riqueza y la dicha de la Humanidad», por Wells	960 »
«Entre dos mundos», por Upton Sinclair.....	800 »
«Los dientes del dragón», por Upton Sinclair.....	800 »
«El ancho camino», por Upton Sinclair.....	960 »
«El mahatma y el mundo», por Krishnalal Shridabani.....	400 »
«Masaryck», por Emil Ludwig.....	260 »
«Román Rolland», por Stefan Zweig.....	260 »
«Magallanes», por Stefan Zweig.....	475 »
«María Antonieta», por Stefan Zweig.....	800 »
«Historia de la revolución francesa», por Kropotkine.....	1.260 »
«La literatura rusa», por Kropotkine.....	350 »
«Incitación al socialismo», por G. Landauer.....	560 »
«España en su historia», por Américo Castro.....	2.700 »

Todas las obras de García Lorca.

Colección filosófica «Tor», a 120 francos volumen.

Colección «El Mundo al Día» (31 volúmenes a 50 francos).

Colección «Páginas Libres».

Todas las obras de la Editorial del M.L.E.

Diccionarios, etc.

EDICIONES "UNIVERSO"
EL MUNDO AL DIA

Le Gérant,
R. CLAVE

SOCIETE GENERALE D'IMPRESSION

EL MUNDO AL DIA

FIGURAS
DE LA
REVOLUCION ESPAÑOLA



MARIA SILVA
LA LIBERTARIA

POR
Federica MONTSENY

60 fr.

AEP - CDHS
BARCELONA

«Stefan Zweig», por Federica-Maria Zweig	450 fr.
«Los últimos días de Stefan Zweig», por C. de Souza	160 »
«La familia de León Roch», por B. Pérez Galdós (dos tomos)	320 »
«El Nuevo Orden del Mundo», por Wells	225 »
«El Gran Dictador», por Wells	350 »
«Breve historia del mundo», por Wells	225 »
«Viñas de ira», por John Steinbeck	520 »
«Los Miserables», por Victor Hugo (2 t.), el t.	225 »
«El noventa y tres», por Victor Hugo	200 »
«El hombre que ríe», por Victor Hugo	225 »
«Nuestra Señora de París», por Victor Hugo	225 »
«Han de Islandia», por Victor Hugo	200 »
«La Reliquia», por Eça de Queiroz	200 »
«El primo Basilio», por Eça de Queiroz	200 »
«El Mandarin», por Eça de Queiroz	200 »
«La lucha con el demonio», por Stefan Zweig	175 »
«El mundo de ayer», por Stefan Zweig	470 -
«La tragedia de una vida», por Stefan Zweig	175 »
«El candelabro enterrado», por Stefan Zweig	175 »
«Amok», por Stefan Zweig	175 »
«24 horas de la vida de una mujer», por Stefan Zweig	175 »
«Confusión de sentimientos», por Stefan Zweig	175 »
«Los ojos del hermano eterno», por Stefan Zweig	175 »
«Momentos estelares de la humanidad», por Stefan Zweig	175 »
«La pasión creadora», por Stefan Zweig	175 »
«Los creadores», por Stefan Zweig	175 »
«La Horda», por Vicente Blasco Ibáñez	450 »
«Eugenia Grandet», por H. de Balzac	175 »
«El lirio en el valle», por H. de Balzac	175 »
«El cura de Tours», por H. de Balzac	175 »
«De Profundis», por Oscar Wilde	175 »
«La tragedia de mi vida», por Oscar Wilde	175 »
«El abanico de Lady Windermere», por Oscar Wilde	175 »
«El retrato de Dorian Greys», por Oscar Wilde	175 »
«Acción y carácter», por Carlo Roselli	260 »
«Godoy, el primer dictador de nuestro tiempo»	450 »
«Manual de la Historia de España», de Rafael Altamira	2.400 »
«Roma», por Emilio Zola	200 »
«Lourdes», por Emilio Zola	200 »
«París», por Emilio Zola	200 »
«Cuentos a Ninón», por Emilio Zola	175 »
«La Ralea», por Emilio Zola	175 »
«La Confesión de Claudio», por Emilio Zola	175 »
«Naná», por Emilio Zola	175 »
«Magdalena Ferat», por Emilio Zola	175 »
«La Dama de las Camelias», por A. Dumas (hijo)	200 »
«La Dama de Monsoreau», por A. Dumas (padre)	200 »
«El Conde de Montecristo», por A. Dumas (2 t.), el tomo	225 »
«La mano del muerto» (seg. parte de «El Conde de Montecristo»	225 »
«El Vizconde de Bragelonne», por A. Dumas (2 t.), el tomo	225 »
«El príncipe Idiota», por Fedor Dostoyewski	200 »

EL MUNDO AL DIA

FEDERICA MONTSENY

MARIA SILVA
 LA LIBERTARIA

M



01490

EDICIONES "UNIVERSO"
 29, rue des Couteliers - TOULOUSE (Hte-Gne)

Volumenes publicados de "EL Mundo al Dia"

- «Las concepciones modernas de la Sexualidad: Psicopatología de la Sexualidad», por el Dr. René Allendy.
«Lo que debe saber toda joven», por la Dra. Mary Wood.
«La Tuberculosis: Cómo se previene, cómo se adquiere y cómo se cura», por el Dr. R. Remartínez.
«La Alimentación humana: Higiene de la nutrición y prevención de las enfermedades derivadas de la nutrición», por el Dr. Lucio Alvarez.
«La Higiene, la salud y los microbios», por el Dr. Isaac Puente.
«El problema sexual», por el Dr. G. Hardy.
«La energía atómica: Historia y evolución de la teoría nuclear», por José D. Calderaro.
«Generación consciente», por el Dr. G. Hardy.
«Mujeres en la cárcel», por Federica Montseny.
«Patología racional: Las enfermedades, su origen y curación», por el Dr. Brandt.
«Nociones de Pedagogía: Cómo debemos educar a nuestros hijos», por un Profesor de la Normal.
«Las aberraciones sexuales en la Alemania nazi», por Eugen Relgis.
«Fertilidad y esterilidad en la mujer», por el Dr. Javier Fernández.
«Cómo se forma una inteligencia», por el Dr. Toulouse.
«Cien días de la vida de una mujer», por Federica Montseny.
«Cómo se educa un carácter», por el Dr. Toulouse.
«Jaque a Franco», por Federica Montseny.
«Las enfermedades de la mujer», por el Dr. J. M. Fontanals.
«Nociones de Historia Natural», por el Dr. Rioja.
«Principios físicos de la Moral», por el Conde Volney.
«Humanitarismo y Eugenismo», por Eugen Relgis.
«Medicina sexual», por W. Herlich.
«Pasión y muerte de los españoles en Francia», por Federica Montseny.
«Figuras de la Revolución Española: Salvador Seguí, Noy del Sucre», por José Viadiu.
«Los Hijos del Amor», por Federico Urales.
«Reformismo, dictadura, federalismo», por Pedro Esteve.

Todos a 50 francos ejemplar.

Veinte por ciento de descuento a paqueteros y correos.

Servicio de Librería de **UNIVERSO**: 29, rue des Couteliers, TOULOUSE (Haute-Garonne).

* El próximo volumen de **EL MUNDO AL DIA** se titulará: «**EL PUEBLO**», por Anselmo Lorenzo.

No fué una mujer brillante ni extraordinaria. Hija de simples campesinos, no pudo seguir estudios ni adquirir cultura. Era sencilla, buena, humilde, honrada y bonita, como millones de mujeres españolas. Pero, tal como es, nimbada de poesía y de tragedia, penetra en la inmortalidad. Es la encarnación y el símbolo del martirio de España. Mariana Pineda representa un momento de la conciencia y de la vida españolas. María Silva es la voz, el alma, la carne sangrante de un Pueblo crucificado.

AEP - CDHS
BARCELONA

LA FAMILIA SEISDEDOS

La dinastía de los Seisdedos era una vieja familia de campesinos liberales de la provincia de Cádiz. Gente humilde, que vivía de su trabajo. Poseían algunas tierras propias, y lo que precisaban para el resto de sus necesidades lo ganaban haciendo jornales. Así de padres a hijos.

Con esa inquietud innata en el campesinado andaluz, los Seisdedos habían militado todos en las organizaciones y partidos de vanguardia. El viejo Seisdedos, el abuelo de María —Francisco Cruz—, pertenecía ya a la Federación de Campesinos de Andalucía, que fué el alma máter de la insurrección de Jerez. Francisco, mozo entonces, como Sánchez Rosa, como cuantos cayeron, muertos o condenados a presidio en la represión de aquella gesta, tomó parte en la revolución de Jerez, el primer movimiento en España y, con Benevento, los dos primeros en el mundo que anarbolaron la bandera negra de la Anarquía y que habían intentado hacer una revolución social de carácter netamente libertario.

Raza de hombres rudos y recios. En ellos se aunaba la ardiente sangre árabe con ese algo de profundo, de reposado y de severo que constituye el fondo íntimo del tipo español sintético.

Para formarnos una idea de lo que fué la lenta formación moral de esa familia de libertarios, de la que hemos conocido ya tres generaciones, debemos recordar un poco el panorama de Andalucía en la juventud de Paco Cruz, el abuelo de María.

Días agitados de 1888 y de 1891. Las asociaciones campesinas andaluzas habían alcanzado formidable envergadura. Las sociedades secretas, en las que continuaba el espíritu y la letra de la Internacional, influyendo y penetrando en la conciencia de las multitudes, se multiplicaban en toda España. Andalucía conoció entonces la epopeya y la tragedia de la Mano Negra, la organización mezcla de banditismo generoso y heroico y de secta revolucionaria, tan de acuerdo con la tradición y el temperamento andaluces.

Las provincias andaluzas, desde la segunda parte del siglo XIX, habían sido teatro constante de levantamientos populares. Las luchas contra la monarquía culminadas en la sublevación de Loja, en la que tantos republicanos andaluces perdieron la vida, habían cubierto de raudales de sangre generosa aquellas tierras rientes y fértiles. Caída ya Isabel II y proclamada la República, Cádiz fué también teatro de la lucha entablada por los federalistas cantonales, contra el centralismo de los jefes republicanos. Y a través de aquel combate entre el idealismo de los republicanos más avanzados y el oportunismo de los que, ya entonces, hacían juegos malabares con el circunstancialismo, se elevó la más augusta y la más pura de las siluetas del siglo XIX en España: Fermín Salvoechea, entonces alcalde de Cádiz, después presidente del Hacho y más tarde apóstol del anarquismo en Andalucía.

Y es en 1891, en esta misma provincia de Cádiz, donde se produce el primer levantamiento campesino con bien delimitada finalidad comunista libertaria: la insurrección de Jerez. Los campesinos, por centenares, con haces, con escopetas de caza, con cuantas armas estaban a su alcance, organizaron la marcha sobre Jerez, donde entraron, apoderándose por unas horas de la ciudad y proclamando el comunismo libertario. Breve y efímero triunfo, que sentó un jalón en la historia y evolución de las ideas en España y que costó la vida a un puñado de hombres, muchos tormentos y muchos años de cárcel y de presidio a otros.

Lamela, Valenzuela, Busiqui y el Lebrijano fueron fusilados. Sánchez Rosa y muchos más fueron condenados a cadena perpetua. Los demás, vencidos, fugitivos, escondidos por los pueblos y las montañas, vivieron días muy tristes y muy duros.

En esa lucha intervino ya Francisco Cruz. Mozo entonces, en la flor de la edad, de la energía, del entusiasmo.

Todos estos hombres eran rudos, toscos, sin cultura, pero con un fondo de exaltación mística y de elevación moral admirables. Poco a poco, de las ásperas crisálidas, iban surgiendo los humildes y viriles valores. Como Sebastián Oliva, como Sánchez Rosa, semi-analfabeto, que llegó a ser maestro, a fuerza de voluntad, de constancia, formándose a sí mismo en el presidio, de donde salió libertado por la campaña desarrollada con pasión y éxito por Soledad Gustavo en 1901, hasta conseguir la amnistía que devolvió a la libertad y a la vida a ese puñado de idealistas sacrificados.

En ese ambiente de agitación constante, de lucha permanente y sin desmayo—contra el absolutismo y por la República, primero, por el socialismo y la anarquía, después—fué creciendo y desarrollándose la familia Seisdedos. De padres a hijos, los hombres de la dinastía se batieron por la libertad cuyo sentido se ampliaba, pero a la que ellos seguían siendo fieles.

Raza, por lo demás, sana y dura, de trabajadores infatigables, energícos y sobrios.

Francisco Cruz, como todos los Seisdedos, era un hombre taciturno, encarnizado en el trabajo, de pocas letras, pero con esa conciencia formada, sólida y recta, que ha hecho del movimiento libertario español la más extraordinaria floración de personalidades.

Le llamaban Seisdedos porque tenía seis dedos en las manos. Fenómeno que se había dado ya en otros miembros de la misma familia, defecto seguramente hereditario y que dió apodo a todos los Cruz.

Paco Cruz tuvo dos hijos y una hija, llamada también María—María Cruz—que fué la madre de María Silva Cruz.

LA INFANCIA

María era una niña quieta, sericita, con hermosos ojos negros, pensativos, velados ya por una sombra de tristeza insondable. Reía muy poco y tenía un carácter dulce y tranquilo.

¡Humilde escuela de pueblo, donde ella aprendió los rudimentos de instrucción que pudieron darle sus padres! El

sol entraba a raudales por las ventanas. Las niñas, con las cavecitas inclinadas sobre sus pupitres, se esforzaban en no ver aquella alegría de la calle, que les atraía más que los borrones y las cuentas. Cuando la clase terminaba, como una bandada de gorriones las criaturas escapaban, cubriendo los campos en grupos gozosos.

¡Pueblecitos andaluces, blancos bajo el sol y el polvo, de casas enjabelgadas, con techos de paja, de ladrillos rojos siempre limpios, húmedos y brillantes! En las tardes caliginosas, las mujeres bordaban o cosían a la sombra de las casas, con los botijos chorreantes cerca y el gazpacho maceándose para cuando llegasen los hombres.

¡Imágenes primitivas y simples de una infancia lejana y luminosa! ¡Quizás fuistéis las últimas visiones que cruzaron el pensamiento de María, aquella madrugada siniestra, en que salió de la vida para penetrar en la inmortalidad!

Por la calle llena de sol va caminando María. Su negra cabellera encuadra el rostro moreno, fino y dulce, que los ojos grandes y negros devoran.

Tanta luz, reflejándose sobre la blancura lechosa de las casas, fatiga su retina... Marcha sin prisa, con ese paso suyo reposado y seguro. Tiene ahora 10, 11, 12 años. No es más que una promesa de la mujer que va a ser. Pero en Andalucía el calor desarrolla precozmente. Pronto el capullo se transformará en rosa.

El viejo Seisdedos adora a su nieta. Es ella su amiga, su discípula, su compañera. Es él quien la aconseja, quien le pone en las manos las primeras lecturas. Sin duda «Sembrando Flores», quizás «Las aventuras de Nono», de Grave, y esos libros simples de Sánchez Rosa, que hablan el lenguaje sencillo de estos hombres, la lengua que ellos pueden comprender.

Y María lee, atenta y seriecita. Es callada, muy quieta, pensativa, soñadora.

Cándidas ensoñaciones, por las que quizás ya flota la ilusión del hombre. El sol transforma pronto las niñas en mujeres en Andalucía. Pero las costumbres habitúan a la compostura y al recato. Queda mucho de la tradición morisca en Andalucía. Y la mujer andaluza, en general, es fiera, altiva, honrada, tierna, apasionada, fiel hasta la muerte al hombre que se entrega.

Pienso en Ana Villalobos, la abnegada compañera de Sánchez Rosa. Era una joven maestra que se enamoró del tosco gañán analfabeto, que le enseñó a leer y a escribir y que al fin, contra la voluntad de toda su familia, escapó con él.

Condenado después de la insurrección de Jerez le siguió a Ceuta, haciéndose pasar por prostituta, con tal de estar cerca de su marido. Con sus artes y sus mañas, consiguió vivir junto al presidio, y, aprovechando las salidas de los presidiarios del recinto fortificado—los desplazaban en brigadas de trabajo—verse con él frecuentemente. Fué su madre, su hermana, su sierva, su amiga, su reina, su amante, todo lo que una mujer puede ser para un hombre.

Cuando ella decía:

—«Mi Pepe»—comprendíamos que era suyo de todas las maneras imaginables.

Cuando, ya viejo, durante la represión de los años 21, 22 y 23, lo deportaron a Grazelema, ella le siguió a pie, valerosa e incansable.

Había sido divinamente bella, con un cuerpo escultural, un semblante de Madona, unos ojos de huri, una sonrisa de diosa. Jamás otro hombre que su Pepe hizo latir su ardiente corazón, apasionado y casto.

¡Santa Ana Villalobos, los que té conocimos, los que sufrimos el hechizo de tu ternura y de tu gracia, no lo olvidaremos nunca!

¡Y cuán trágica y desoladora habrá sido su muerte, presenciando el asesinato de su viejo compañero, la destrucción de toda esta familia que en Andalucía era ya un símbolo!

María creció a la sombra heroica de todos estos hombres y mujeres. Teresa Claramunt vivió en Sevilla, en casa de Antonio Ojeda, hasta 1925. Los andaluces la amaban, llamándola cariñosamente: «La vieja». Por Andalucía pasó dos veces otra mujer que todos adoraban porque su nombre iba ligado a dos campañas de prensa que consiguieron movilizar la conciencia universal a favor de las víctimas: Soledad Gustavo, artífice de la liberación de los supervivientes de Jerez y de los supervivientes de la Mano Negra. Para los andaluces, para los viejos compañeros de Seisdedos, de Cristóbal Grima, de Sánchez Rosa, yo he sido siempre «la hija de Soledad», a la que todos han querido con una mezcla de orgullo paternal y de nostalgia.

Para las mujeres andaluzas, ardientes y entusiastas, estas mujeres fueron ejemplo y bandera. En las represiones crueles que tantas veces ensangrentaron el suelo de Andalucía, en el desafuero permanente que era la gestión diaria de terratenientes y guardias civiles a sus órdenes, ¡cuántas mujeres cayeron! Si los olivos de Andalucía pudiesen hablar, escribirían la terrible historia de los campesinos ahorcados o tumbados simplemente de un tiro; dirían los crímenes del señoritismo chulo en Andalucía, culminados en 1936, pero del

que toda la historia de esa región está impregnada. Medina Sidonia, y Paterna, y Puerto de Santa María, y Sanlúcar, ¡cuántas veces sus cárceles se llenaron de rebeldes, entre los que se contaban numerosas mujeres!

¡Cuántas veces María vio a su abuelo, a sus tíos y a su padre, en la cárcel! Huelgas, violentamente reprimidas, en las que el campesino andaluz, que en 1922 aún ganaba solamente una peseta de jornal y en algunos sitios menos, apoyaba sus justas reivindicaciones. Pero en esa tierra bendita, de hombres como cigarras, los motivos materialistas conseguían difícilmente levantar a las masas. Los más grandes movimientos huelguísticos, que llegaron a adquirir proporciones de revolución, tuvieron casi siempre motivos sentimentales. El obrero andaluz se levantó antes y mejor por la libertad de unos presos que por un aumento de jornal.

Y así iba creciendo María. Vivían en Casas Viejas, pueblecillo situado entre Paterna y Medina Sidonia. Muy jovencita todavía, formó parte de las juventudes libertarias. Sería, con precoz sentido de la responsabilidad, cuando le encargaban alguna misión, la desempeñaba a conciencia. Seisdedos, rompiendo la tradición andaluza que recluía casi a las muchachas solteras, la llevaba consigo a todas partes. Mitines, reuniones, jiras. En Casas Viejas había algunas otras muchachas libertarias—la heroica y desgraciada Manuela Lago, Anita Cabezas. Ignoro porque a ella la llamaron la Libertaria.

Pronto se vio rodeada y solicitada por una corte de galanes. Al irse formando física y moralmente, su belleza se sazónó. Parecía arrancada a un cuadro de Romero de Torres. No era muy alta, pero estaba admirablemente proporcionada. El cabello, negrísimo, los ojos grandes, aterciopelados, de mirada dulce. La piel, de ese mate ardiente y cálido, propio de las morenas. La expresión siempre pensativa. El carácter, prudente, callado, retraído. Había en ella una mezcla de suavidad y de firmeza; una especie de gracia serena, que constituía su principal atractivo.

Entre los muchachos que la pretendían, que iban por su casa, que rondaban su ventana, había de todos los pueblecillos circundantes, afiliados a las juventudes o sin partido. Entre todos distinguió ella a uno: Antonio Cabañas, un muchacho campesino, bastante ilustrado, de los más activos y destacados de la región.

Antonio era un mozo capaz, decidido y entusiasta. No tenía una gran cultura, pero su voluntad y su tenacidad la compensaban con ventaja.

Y después amaba a María. Amor respetuoso y cándido,

en el que había su pasión de hombre y su admiración de idealista. ¡Había tan pocas mujeres que actuasen en el movimiento, dispuestas a compartir las luchas, que intervinieran en ellas! ¡Y María era tan bonita, tan seria, tan honesta, tan festejada!

Ella le quería con un sentimiento tranquilo, hecho de amistad y de costumbre. Habían crecido juntos casi, se habían hecho mujer y hombre codo con codo. Era un amigo, un hermano, con el que el camino de la vida sería más fácil y más bueno. Ninguna violencia de pasión en este afecto cordial y sereno.

Con la proclamación de la República, el 14 de abril de 1931, la vida social y política en Andalucía adquirió un ritmo acelerado. La Federación Nacional de Campesinos de la C.N.T. y la Federación de Trabajadores de la Tierra de la U.G.T. multiplicaban sus actividades. Mientras los socialistas tenían fijos los ojos en las tímidas y prudentes reivindicaciones laboriosamente arrancadas a las Cortes con el nombre de Reforma Agraria, la C.N.T. iniciaba en Andalucía, Aragón, Castilla y Extremadura—las grandes regiones agrarias—el período de las expropiaciones.

Los terratenientes—todos títulos nobiliarios, exponentes de la vieja nobleza adicta a la causa de los Borbones—veían sus tierras ocupadas por los campesinos. Sobre la marcha se organizaban las explotaciones colectivas. Los antiguos feudales no encontraban mejor solución, para defender sus latifundios y robar al cultivo sus centenares de hectáreas reservadas exclusivamente al pasto y a la caza, que reclamar del Gobierno contingentes de guardias civiles y de guardias de asalto que garantizaran la propiedad y el orden. Y los reitres hoy al servicio de la República, ayer al servicio de la Monarquía, expulsaban a tiros a los campesinos de las tierras distribuidas o socializadas. Así se produjeron los sangrientos sucesos de Arnedo, de Castillblanco, de Naval Moral de la Mata, de tantos y tantos otros sitios.

Es así como en dos años de República pusilánime, dirigida por hombres incapaces de romper bruscamente el cordón umbilical que les unía a un pasado de injusticia, el pueblo fué perdiendo toda confianza en las realizaciones republicanas y el divorcio entre las masas explotadas y sus malos pastores se hizo irremediable y profundo. Incapaces de orientar y provocar la Revolución que no había hecho España ni en 1868 ni en 1931, los socialistas y los republicanos se esforzaron vanamente en evitarla. La revolución era fatal y necesaria. No se hizo antes del 14 de abril: tenía que ha-

cerse luego. El drama de las izquierdas democráticas fué que, no habiéndola hecho ellas, tuvo que hacerse contra ellas.

EL PRELUDIO DE LA TRAGEDIA DE CASAS VIEJAS

Mucho se ha dicho y se ha fantaseado alrededor del movimiento del 8 de enero de 1933. Se ha dicho que había sido la obra personal de un hombre que quiso aplicar, a las tácticas confederales y libertarias, la famosa teoría del golpe de Estado a lo Curcio Malaparte.

La realidad es que toda la megalomanía de un individuo y toda la obsesión revolucionaria de una organización, hubieran sido impotentes, se hubieran estrellado contra una valla de imposibilidades, si no hubieran encontrado el terreno abonado y la base de una serie de causas y de efectos: la insatisfacción y el descontento populares; las intrigas y la permanente penetración de las derechas burguesas y aristocráticas que dirigían y dominaban políticamente; y la incapacidad revolucionaria y constructiva de las izquierdas dirigidas por hombres pusilánimes y mediocres, repartidos entre la modestia de sus ambiciones y el terror sagrado al pueblo, la turba, la plebe, a los ojos de aquella cohorte de abogadillos, de escritorzuelos, de diputaditos de clase media y con mentalidad de clases pasivas. Ni un Danton, ni un Marat, ni aún un Mirabeau entre ellos. No hablemos ya de los Robespierre y los Saint-Just a los que no es posible imaginar parafraseando en el Ateneo de Madrid.

El hecho es que, después de una serie de choques sangrientos entre la fuerza pública y el pueblo, después de un largo proceso de espera popular—crédito otorgado a la República durante un periodo acortado por la brutalidad de los procedimientos de represión utilizados y por la lentitud del procedimiento legislativo y de la aplicación práctica de las disposiciones susceptibles de beneficiar en algo al proletariado—después de haberse exasperado a los trabajadores por el contraste entre la ferocidad de la represión contra ellos y de las leyes votadas para ejercerla—leyes de Vagos y Maleantes y de Orden Público—y la blandura con que fué reprimido el levantamiento del general Sanjurjo en agosto de 1932, llegamos a la huelga general de carácter revolucionario del 8 de enero de 1933.

El movimiento, decretado por la C.N.T. y la F.A.I., no contó con el apoyo de la U.G.T., contraria a causar trastornos al Gobierno republicano, en el que tenían mayoría los socialistas, como eran mayoría en las Cortes de la República.

La huelga fué secundada con bastante extensión en Cataluña, en Aragón, en Andalucía, en Levante, y en general en todas las regiones donde había núcleos confederales y libertarios. Desde luego, donde alcanzó mayor envergadura fué en Cataluña y en Andalucía.

La provincia de Cádiz fué, de todas las andaluzas, por la que más se extendió la orden de paro. En todos los pueblos y villas existían grupos anarquistas y sindicatos de la C.N.T. y existía, sobre todo, un pueblo maltratado y decepcionado en cuantas esperanzas depositó en la República y en cuanto esperó de las nuevas instituciones republicanas.

Para los viejos luchadores como Seisdedos, que 42 años antes se habían levantado en Jerez sin más armas que sus hoces y sus escopetas, repetir hoy la gesta insurreccional, contando con dinamita, con armamento más moderno y con un pueblo moralmente movilizado, era coser y cantar. Para la juventud nueva, ebria de entusiasmo, deseosa de lucha, ansiosa de realidades mejores, la revolución era la volunad y el anhelo.

LA TRAGEDIA

Quando el Gobierno Azaña se encontró con el movimiento en la calle perdió literalmente la cabeza. El furor enloqueció a aquellos hombres que habían llegado, sin embargo, al poder por los votos y la voluntad de los trabajadores.

Y D. Manuel Azaña, olvidando su historia de agitador y de tribuno, olvidando lo que debía moralmente a la tradición liberal del republicanismo español, sin embarazarse con los escrúpulos morales de un Salmerón o de un Pi y Margall, ordenó personalmente a las fuerzas que salían hacia Andalucía a reprimir la sedición:

—Nada de contemplaciones. Ni heridos ni prisioneros. Los tiros a la barriga.

Consignas que Hitler no hubiera desdeñado y cuyo recuerdo permanecerá indisolublemente ligado a la memoria

AEP - CDHS
BARCELONA

del después último Presidente de la Segunda República española.

Con estas instrucciones y con estos ánimos salieron las fuerzas hacia la región andaluza. En Cataluña se había aniquilado el movimiento, cazando y maltratando bárbaramente a los militantes libertarios más destacados. En otros tiempos la barbarie gubernamental hubiera hallado enfrente el anatema de todas las fuerzas liberales de España. En aquellos días, solo un diario burgués, «La Tierra», hizo campaña contra las atrocidades de la fuerza pública y acogió en sus páginas los escritos denunciando los artículos sin nombre que se cometían. Recuerdo que un artículo mío, titulado «Los chacales tienen hambre», ataque violento contra Azaña, le valió al periódico la recogida y a mi un proceso por injurias al jefe del Gobierno que me llevó a las puertas de la cárcel.

Las columnas de guardia civil y guardias de asalto que avanzaban, iban reduciendo los núcleos rebeldes, deteniendo, maltratando y fusilando a mansalva. Casares Quiroga, ministro de la Gobernación en aquella fecha, hombre de carácter débil, desbordado por los acontecimientos y por Azaña, fué desde entonces llamado «el hombre de los 108 muertos».

Pero donde la resistencia por parte de los trabajadores en huelga se hizo más viva, fué en la provincia de Cádiz. Las fuerzas gubernamentales iban avanzando por la carretera de Medina Sidonia, y cuando llegaron a la altura de Casas Viejas se encontraron el pueblo con barricadas y a grupos de campesinos armados que se defendían a tiros.

Mandaba aquel grupo de fuerzas—guardias de asalto en su mayoría—un capitán de siniestra memoria, llamado Rojas. Ignoro qué ha sido de él. El sargento Anguita, verdugo de García Oliver y de sus compañeros en los días 9, 10 y 11 de enero de 1933 en los sótanos de la Jefatura de Policía de Barcelona, fué ajusticiado en el mes de septiembre de 1936 en Madrid. No sé qué suerte le cupo al capitán Rojas, verdadera silueta de sádico, con mentalidad de S.S., anticipándose de doce años a los métodos empleados por los alemanes en Rouffignac y en Oradour sur Glane. Pero su responsabilidad aparece atenuada porque, en el curso de los debates e interpelaciones en las Cortes después de los sucesos, se puso en claro que se hicieron fuertes con bombas incendiarias a los rebeldes y de rociar con gasolina y quemar vivos a los que se hicieron fuertes en algunas casas, habló telefónicamente con el Gobierno y pidió órdenes y poderes.

LA MUERTE DE SEISDEDOS

Sobre lo que ocurrió concretamente en Casas Viejas, prefiero dejar la palabra a un actor y testigo presencial de la tragedia: Germinal García Pérez, de Vejer de la Frontera.

Dice García Pérez:

«Eran los primeros días grises de enero 1933. Se fué a la celebración de un Pleno de Sindicatos de la Comarcal de Jerez de la Frontera.

Por Vejer fuimos designados Nicolás Braza, asesinado por la facción, y yo como delegados a ese Pleno.

Para que nuestro viaje pasase inadvertido por las autoridades, tomamos la precaución de no coger el auto que iba a Cádiz.

Los 27 kilómetros que separan a Vejer de Medina, los hicimos a pie. En Medina nos reunimos con los compañeros L. y Z., delegados respectivos de Medina Sidonia y Casas Viejas.

Dormimos en Medina para salir de madrugada los cuatro compañeros, siempre a pie, hacia Jerez de la Frontera. Era evidente que andando no podríamos hacer los 50 kilómetros poco más o menos que hay entre Medina y Jerez.

Como a los quince kilómetros consideramos que estaba ya vulnerada la vigilancia de las autoridades vejariegas y sidonesas, montamos en el correo de Paterna de la Rivera que nos condujo a la ciudad jerezana.

Celebramos consecutivamente y con suerte varias reuniones. Allí se concretó cómo habíamos de iniciar el movimiento revolucionario.

El delegado al C. N. de D. Confederal, nos informó de que las Regionales de Levante, Aragón, Rioja y Navarra estaban armadas hasta los dientes.

Así pues, quedamos en que la consigna para lanzarnos a la calle sería cuando, mediante la radio, tuviéramos conocimiento de que Barcelona se batía en las barricadas. Esto sería entre los días 8 al 10 de enero. Seguidamente iríamos al desarme absoluto de todos nuestros enemigos. A ser posible, evitaríamos el derramamiento de sangre.

Tomaríamos posesión de cortijos, ganados, talleres y fábricas, etc., etc.

Simultáneamente emprenderíamos la marcha hacia Jerez de la Frontera, donde reside la sede del más rancio feudalismo andaluz.

Dominado este foco extremadamente reaccionario, la capital gaditana no tardaría en capitular. Contando con la derrota del pueblo frente al Ejército y la Marina de San Fernando.

Estudióse la forma del bloqueo. Cádiz y San Fernando se abastecen del agua por tuberías de Tempu. La electricidad va desde Guadaro. La carne, pan, hortalizas y frutas es suministrada cada día desde los pueblos.

Con muy poco trabajo pueden cortarse tales aprovisionamientos. Lo propio ocurre con las comunicaciones telefónicas, telegráficas, por vía férrea y carretera. Podrían emitir tan solo los peces gordos hacia Marruecos o las Canarias.

Salimos de aquel Pleno las delegaciones con la convicción absoluta de ganar una de las más brillantes batallas al monstruo de todas las discordias: al Estado y a la burguesía. También íbamos convencidos de perder la vida. Y como ésta resulta una verdadera desdicha en este simulacro de sociedad que sufrimos, valía y vale la pena morir luchando corajudamente frente al enemigo.

Recuerdo que cuando Nicolás Braza y yo llegamos en el tren a San Fernando de regreso para Vejer, la Guardia civil estaba en la estación, cacheando a todo cristo. Pero como nosotros íbamos en uno de los vagones de atrás, al observar aquella maniobra policial, escapamos por el lado opuesto y nos fuimos al cuartel de San Carlos a visitar a un marino amigo.

El nerviosismo de las rasas civiles significaba que la soplonería había llegado con su confianza hasta el Ministerio de la Gobernación.

Sin embargo, nuestros compañeros delegados al citado Pleno, llegaron todos tranquilamente a sus respectivas localidades.

Lógico me parece mencionar lo que vi en Casas Viejas tres días antes de la insurrección.

Hay muchas alambradas en los términos municipales de Medina, Vejer y Tarifa. Tales alambradas sirven para dividir las propiedades y para tener debidamente clasificadas las ganaderías bravas y palurdas.

De los seis hilos de tales alambradas, cuatro son espinosos. Y dos completamente lisos. Esos dos, de trecho en trecho, unen sus empalmes por una porción de plomo que pesará aproximadamente doscientos cincuenta gramos.

Pues bien; nuestros compañeros de Casas Viejas, por lo que vi ese día, llevaban requisando desde tiempo el plomo que había en tales alambradas. Así pues, en la mencionada fecha

vi con asombro que aquellos hombres trabajaban febrilmente, derritiendo bolas de plomo y con moldes por ellos improvisados, construían redondos y abundantes balines para batirse conscientemente contra el enemigo común de los hombres.

Sali ese día de cada choza visitada con el alma llena de emoción. Me despedí para siempre—sin saberlo—de los familiares del viejo Seisdedos, sus hijos Jerónimo y Pedro; de Lago y su hija Manuela, etc., etc.

TRISTES RECUERDOS

Teníamos en Vejer nuestro local social en Rusco de los Remedios.

Día 10 de enero de 1933. Serían las 8 de la mañana. Nuestro Sindicato es frecuentado ese día a hora poco habitual en nosotros. Era más frecuente nuestro centro después de medio día.

N. Braza, muy pesimista siempre, decíame: «Esta concurrencia numerosa nos delatará. Es una hora muy inadecuada para reuniones de envergadura.»

Nos reunimos más de 90 hombres. Se preparaba el asalto al cuartel de la Guardia civil, primero. Después al de Carabineros. Serían ocupados Correos, Teléfonos y Telégrafos, que funcionarían separadamente.

Tomaríamos el Ayuntamiento y el Juzgado Municipal. Procuraríamos no matar a nadie. Infligir la muerte es horrible siempre. Deseábamos ver a nuestros enemigos trabajar en la campaña con nosotros. Queríamos que civiles, carabineros y curas vistieran ropa de hombres. Esperábamos convencerles de la grandeza de un ideal sublime: la anarquía.

Estas ideas se las iba explicando a aquellos trabajadores que con tanto entusiasmo estaban prestos a lanzarse a la lucha en plena calle.

Pero de pronto llegó el presidente, todo descompuesto, y nos lanzó este discurso:

«Compañeros: anoche estuve pendiente de las noticias facilitadas por mi receptor. Acabo de oír las últimas.

»El movimiento revolucionario está fracasado. En Barcelona se han registrado solamente ligeras escaramuzas. En Valencia ocurre lo propio. Igual se dice de Zaragoza, Sevilla y resto de España. Si aquí nos lanzamos al combate, será ir conscientemente al suicidio.»

La respuesta, unánime, de cerca un centenar de hombres, fué:

AEP - CDHS
BARCELONA

«Aún es hora de reflexionar. Obremos con tacto y serenidad. No son estos juegos de chiquillos.»

Durante toda la noche del 9, nuestro compañero presidente había dormido poco. Permaneció vigilante como un valiente piloto en alta mar en noche tempestuosa.

Su información fué debatida, tras un profundo examen de la situación en el orden local, regional y nacional.

Vimos con verdadero dolor nuestra derrota. Nuestra «fuerza» resultaba insignificante frente a la monstruosa fuerza muy bien organizada por los enemigos del pueblo.

Teníamos, es verdad, concertados unos acuerdos con hombres a quienes nos unía, aparte de los acuerdos, sentimientos comunes.

—¿Qué hacer?—nos preguntábamos.

Cumplir las resoluciones tomadas en Jerez de la Frontera. Observar, por consiguiente, de manera rigurosa, las contraseñas dadas por el Comité Peninsular de la F.A.I. y C. de D. Confederales. Y huelga repetir la advertencia ya mencionada del presidente de nuestro Sindicato.

Así pues, la decisión fué tomada a tiempo. Sufrimos todos, sin embargo, grandes desilusiones en aquellas horas amargas. Pero esta vez evitamos para el noble campesino vejariego una horrible matanza como la de Casas Viejas. Los gobernantes republicanos eran beligerantes en grado exageradamente cruel contra los trabajadores hambrientos. Eran, por el contrario, pacifistas, frente a los Sanjurjo y demás agentes de la reacción española.

Sabiendo nosotros lo que había y que la ferocidad gubernamental es ilimitada, cuando de reprimir una rebelión obrera se trata, dimos marcha atrás en espera de mejores tiempos.

.....

¿Permanecieron nuestros compañeros de Casas Viejas en el observatorio, con la vista puesta en el faro orientador (Barcelona), tal como hicimos en Vejer?

Aunque lo hubiesen intentado no podían. Primero porque allí en la época carecían de corriente eléctrica permanente. Segundo, porque si aquellos hombres carecían de medios económicos para comprar pan, menos tendrían para adquirir un aparato de radio.

Desgraciadamente, en todas las acciones graves a realizar, quedan cabos por atar. Y en esta espinosísima cuestión, se olvidó estudiar la manera de coordinar un factor importante e indispensable como es el de los enlaces de los pueblos entre sí.

Así es que cada núcleo quedó completamente aislado de todos los otros. Gravísimo error este. Que no puede ser olvidado por esas minorías de hombres que desean transformar la sociedad mediante la violencia. Y lo lamentable es que este hecho se repitió de nuevo en julio de 1936, en Andalucía. ¿No valdría la pena reflexionar más en situaciones análogas? Sirva esto de ejemplo para el futuro.

DULCE AMANECER

El Comunismo Libertario fué implantado en Casas Viejas.

Al amanecer del día 8, el Comité revolucionario izó la bandera roji-negra en el Sindicato. La bandera, acariciada por el airecillo matutino, ondeaba suavemente. Aquel símbolo representaba la inauguración de un porvenir dichoso, de felicidad para todos los hombres. Los campesinos de Casas Viejas, con los ojos repletos de lágrimas, abrazáronse mutuamente. Ignorando que estaban solos, pensaban que sus hijos no pasarían más hambre. Desde hoy tendrían escuelas donde instruirse, ocasión para vestir decentemente, esperanza de habitar casas higiénicas y que el odio entre los hombres desapareciera...

El deseo de aquellos idealistas era no teñir de sangre las tortuosas calles de aquella sufrida aldea.

Así, pues, el Comité revolucionario dirigió rápidamente al Alcalde, manifestándole que su misión como tal había terminado por haberse implantado el Comunismo Libertario.

Aquel camarada socialista pareció vacilar ante cuanto estaba oyendo. Mas como le exigieron sirviera de emisario para parlamentar con el sargento de la Guardia civil, al ver que la cosa iba en serio, se decidió a ir al cuartel, el cual estaba ya rodeado por más de cien escopeteros.

Muy pocos minutos duró la conversación entre ambos. La respuesta fué de que la Guardia civil no entregaba las armas. El sargento, Manuel Alvarez, no se atrevió a salir a la calle. Pero desde las ventanas del cuartel comenzó a disparar en todas las direcciones. La vil agresión fué contestada con verdadera energía. Dos balazos muy ciertos pusieron fuera de combate al sargento provocador y asesino. La misma suerte que el sargento Manuel Alvarez corrió un guardia civil. Ambos murieron en el acto.

Otros civiles sufrieron heridas de más o menos consideración.

El pánico y la desmoralización se apoderó de aquellos fieles sicarios del Estado que les pagaba y dejaron de dis-

parar contra los revolucionarios. Estos, que no habían tenido ni una sola baja, lamentaban sin embargo, el choque y consiguientemente el derramamiento de sangre. Pero tenían la conciencia tranquila de no ser ellos los culpables del hecho.

Seguían, seguían los revolucionarios dueños de la situación en la firme creencia de que toda España vivía escenas parecidas. Aguardaban aquellos bravos escopeteros que los pocos mercenarios se rindieran de un momento al otro. Napocos mercenarios se pegar fuego a esa casa-cuartel tan malos ratos, bofetadas y palizas habían recibido aquellos obreros, tan solo por repetir «Tierra y Libertad». «El Luchador» y «Solidaridad Obrera».

Seguían, seguían siendo dueños de la situación los anarquistas en Casas Viejas. Podían haber liquidado a tenderos sin conciencia, a burgueses sin escrúpulos, a curas hipócritas y mentirosos. No lo hicieron, porque se habían inspirado en la ética del anarquismo. Querían, pues, convencer. A base de generosas acciones.

Y mientras aquel pueblo soñaba despierto; mientras se entregaba a la tarea de reconstruir, antes de limpiar el terreno de malas hierbas, alguien se deslizó sin ser visto, personándose en Medina Sidonia, Alcalá de los Gazules o Vejer, poniendo al corriente de lo que ocurría en Casas Viejas a las autoridades republicanas.

Desde uno de estos ayuntamientos, el alcalde y comandante-jefe de la Guardia civil, dieron cuenta por teléfono al gobernador civil de Cádiz, señor La Bella. Este sujeto, de manera fulminante comunicó con Madrid, poniendo en conocimiento de sus amos lo que ocurría en Casas Viejas.

D. Manuel Azaña y el Sr. Casares Quiroga ordenaron al Director General de Seguridad, Sr. Menéndez, que enviara allí un batallón de guardias de Asalto, los cuales no debían hacer NI HERIDOS NI PRISIONEROS.

Así se hizo, en efecto.

Para ahogar en sangre aquella protesta colectiva, designó el Sr. Director General de Seguridad, como jefe de las fuerzas de Asalto, al fascista capitán Rojas.

Cuando llegaron tales mercenarios a Benalud de Sidonia, iban borrachos como cubas. Sin embargo, una vez entraron en Casas Viejas y se vieron rodeados de chumberas y de entre ellas salir fognazos intermitentes, que disparaban los valientes escopeteros, un pavor sin límites apoderóse de los corpulentos y vandálicos galercianos.

Por fortuna para ellos, llevaban como cicerones a hijos de Casas Viejas, que conocían el terreno al dedillo, quienes daban nombres y domicilios de todos los compañeros, orien-

tándoles para poder llegar al objetivo deseado con la mínima exposición de sus vidas.

El grupo de Asalto que entró por la calle de Medina, alcanzó seguidamente el Sindicato, la plaza y el cuartel de la Guardia civil.

En estos encuentros con los revolucionarios, los guardias de Asalto tuvieron numerosísimas bajas.

Los escopeteros vieron en la necesidad de replegarse hacia la parte sur y oeste de la aldea. No habían sufrido ni una baja. Entonces fué cuando los guardias de Asalto penetraron en la casa del compañero Cabeza, anciano ya, al cual hirieron en su propio domicilio. Cuando el pobre viejo se sintió agujereado por las balas, se tiró al suelo. Los mercenarios, satisfechos de su heroísmo, se marcharon.

Anita, su hija, excelente compañera, estaba reunida con María Silva, Manuela Lago y otros compañeros.

Aunque distante de su hogar, la preocupación del viejo la hizo lanzarse a la calle y desafiando el peligro llegó a su casa, encontrando a su padre desangrándose. La muchacha se armó de valor y con gran serenidad salvó a su padre de la muerte.

Las chozas de Seisdedos estaban situadas en el centro de la aldea. Próximo a dichas chozas estaba también el compañero Lago, Jerónimo y demás familias.

Los guías sabían de antemano que en aquel lugar radicaba el nervio de la organización confederal. Hacía ese lugar se fueron replegando los escopeteros para protegerse de las ráfagas de ametralladoras, y al mismo tiempo poder organizar una resistencia con éxito, gracias al declive del terreno y a las muchas chumberas que allí había.

Pero los chivatos indicaron a los de Asalto la necesidad de envolver las chozas del viejo anarquista. Tal objetivo se logró, tras sufrir los galercianos cuantiosas bajas.

En la pobre choza de Seisdedos estaban sus hijos, Pedro, Jerónimo, el compañero Lago y otros cuyos nombres he olvidado. También hallábanse en la choza María Silva, Manuela Lago y Anita Cabeza. Esta última escapó a tiempo, como he indicado antes.

Aquellos compañeros se vieron sitiados por un enemigo mucho más criminal que una manada de tigres hambrientos.

Así pues, hicieron su composición de lugar, y fué el de morir defendiéndose. No había otra salida frente a la ferocidad policial.

Y, en efecto, se organizó la defensa como sigue:

Las escopetas, antiqüísimas, habían de cargarse por la bo-

AEP - CDHS
BARCELONA

ca. Esta misión fué encomendada a las compañeras Manuela Lago y María Silva.

Los hombres, bien parapetados detrás de la puerta, disparaban contra los guardias que se ponían a tiro de escopeta.

El viejo Seisedos, cuando disparaba, daba seguro en el blanco. Cada disparo suyo ponía a un guardia fuera de combate.

Lago, Pedro, Jerónimo y los otros hacían lo propio.

María y Manuela no desmayaban. Cuando se había disparado una escopeta, ya había dos de repuesto, cargadas.

Aquella heroica resistencia fué una verdadera sorpresa para el capitán Rojas. Sus hombres no podían aproximarse a la choza sin riesgo de perder la vida. El tableteo de las ametralladoras no infundían miedo a los valientes anarquistas. Cuando creían que éstos habían sido aniquilados, los bárbaros se aproximaban a la puerta. Acto seguido una detonación y el consiguiente talegazo de un guardia a tierra. La resistencia era épica y en extremo emocionante.

Aquel grupo de valientes campesinos preveían que los bárbaros uniformados traían carta blanca para actuar como quisieran.

Y la prueba bien evidente es la de que a esos hombres acorralados, no se les dió tregua ni se les hizo proposiciones de rendirse. Sin embargo, el paquidermo «A.B.C.» de Sevilla reprodujo estas palabras del capitán Rojas: «No habiendo manera de disuadir a ese grupo de levantiscos para que se rindieran, tuve que ordenar pegar fuego a las chozas.»

Así fué. Ordenó a un guardia que pegara fuego a la primera choza, penetrando por una tapia. Mas este ataque no dió el resultado apetecido. El asaltante cayó mortalmente herido dentro de una corraliza. Esto hubiera debido dar lugar a un alto el fuego por parte del capitán, para auxiliar al caído, teniendo en cuenta sus propósitos de incendiar aquella triste mansión. No se hizo, sin embargo. ¿Qué representa la vida de un hombre, aunque sea la de un guardia a sus órdenes, para los jefes militares?

Así pues, el capitán Rojas ordenó que se envolvieran unas piedras en algodón e impregnándolas de gasolina pegarlas fuego y lanzarlas ardiendo sobre los techos de paja de aquellas miserables barracas.

Tan pronto las chozas fueron pasto de las llamas, aprovecharon la confusión que se produjo para emplazar las ametralladoras frente a las puertas. Cuando los sitiados intentaban ganar la calle, las balas asesinas segaban sus vidas.

Manuela Lago logró atravesar tan solo el umbral. Acto seguido una ráfaga de ametralladora puso fin a su existen-

cia. Las llamas prendieron en su ropa, carbonizándola. Así terminó su vida aquella linda y abnegada joven de veinte años, compañerita entusiasta y admirable, digna de mejor suerte.

María Silva fué más afortunada. Consiguió escapar con vida por uno de esos azares inexplicables, salitándose tanto de los disparos como del fuego destructor de las chozas.

El cadáver del viejo Seisedos fué encontrado quemado entre los escombros de la barraca.

Los guardias de Asalto respiraron satisfechos al ver desplomarse las chozas.

Terminado ese fatal episodio, comenzó el saqueo en todas las viviendas de los trabajadores cenetistas. Empezó, pues, la caza del hombre.

Los escopeteros, faltos de municiones, refugiáronse en los bosques.

Sabido es el estado de indiferencia predominante en las gentes, cuando de asuntos de tanta envergadura se trata. Muchos ninguna participación habían tenido en los hechos y mucho menos en la resistencia encarnizada opuesta a las fuerzas de Asalto. Sin embargo, entre estos inocentes y apocados se hizo una destria salvaje, culminando en el fusilamiento masivo de un grupo de desgraciados frente a las chozas siniestradas.

Un hecho verdaderamente repugnante fué realizado con el compañero Quijada. Este muchacho, atacado de tisis pulmonar, llevaba muchos meses en cama. No obstante, le sacaron a rastras del lecho, llevándole junto al montón informe de cuerpos humanos que había al lado de las barracas incendiadas, asesinándolo. El balance, fué, pues, de veinte y tres fusilados.

Los hombres que huyeron, poseídos de rabia y de desesperación al ver el crimen que se había cometido, quisieron aprovechar las últimas municiones que les quedaban. Para ello prepararon una emboscada en el lugar denominado «Badalejos».

Parapetándose tras un vallado de chumberas que bordeaba la carretera que va de Medina Sidonia a Casas Viejas, aguardaron el primer vehículo que pasara cargado de fuerzas. Este no tardó mucho tiempo en aparecer con sus faros encendidos.

Cuando se cruzó con los escopeteros, una descarga cerrada se hizo oír. El automóvil sufrió averías en los neumáticos y faros. A unos 600 metros, el automóvil se paró en seco. Como el chófer y su cargamento de guardias civiles resultaron ilesos, los «valientes» abandonaron en su huida las negras

capas y los tricornos. Se vé que ambas cosas les pesaban. Con un terror pánico escaparon a pie, atravesando campiñas hacia Medina Sidonia en demanda de auxilio...

Con motivo de este doble atentado a la autoridad, republicanos y socialistas, en su delirio de duros gobernantes, dispusieron que tropas bien pertrechadas de armas automáticas «batieran bosques y montañas» próximas a Medina y Casas Viejas donde se habían guarecido numerosos anarcosindicalistas.

Pero aquellas fuerzas mercenarias demostraron su bizarria en caminos, cortijos, carreteras y poblaciones afectadas. No se atrevieron a internarse por los bosques.

Casas Viejas, con sus mártires, aguantó durante muchos días la insolencia y los desmanes de los modernos vándalos. Ni familiares ni amistades pudieron ocuparse de inhumar los cadáveres ni asistir a su sepelio. Se les enterró a todos, casi clandestinamente, en un gran hoyo común.

Y mientras aquellos veintitrés desgraciados descendían al seno de la madre tierra, en el exterior, la brutalidad gubernamental continuaba proyectándose a diestro y siniestro, infligiendo torturas a unos seres que sólo deseaban vivir como hombres y no como bestias. Las cárceles y los depósitos municipales resultaban insuficientes para albergar a tantos trabajadores.

La in-bemérita que asaltó todos los Sindicatos de la C.N.T. de la provincia de Cádiz, había «encontrado» en cada secretaria cartas de Casas Viejas «dando instrucciones revolucionarias».

Esa falsedad policial servía de justificación para molerles los huesos a garrotazos a centenares de detenidos.

Para arrancar falsas declaraciones se aplicaron torturas horribles. La crueldad y el sadismo más refinados empleóse contra aquellas gentes, para mayor gloria de socialistas y republicanos.»

Aquí termina el simple y patético relato de García Pérez, que asistió de cerca a la tragedia.

AEP - CDHS
BARCELONA

MARIA EN LA CARCEL

Llevaron a todos los supervivientes a la cárcel de Paterna, llena a rebosar de hombres y mujeres detenidos por todos aquellos pueblos.

María, acusada de haber tomado parte, con su abuelo y sus tíos, en la lucha entablada con la fuerza pública, fué conducida igualmente a la cárcel, donde se la maltrató ignominiosamente.

A Antonio Cabañas, su prometido, le torturaron de tal forma que perdió la razón durante algún tiempo.

De la familia sólo quedó viva y en libertad su madre.

El escándalo que se armó en toda España alrededor de los sucesos de Casas Viejas, de las casas incendiadas por los guardias y de la muerte entre las llamas del viejo Seisdedos y sus compañeros, fué indescriptible. Toda la Prensa comentaba los hechos y la campaña que se hacía a favor de las víctimas desbordó el marco de la propia España, constituyendo aquellos hechos un baldón para la República.

En Paterna había muchos presos de toda la comarca. Entre ellos, distinguiéndose ya por los artículos publicados en la Prensa confederal y libertaria y en el propio diario «La Tierra», había un joven militante de gran porvenir, inteligencia despierta y ardiente entusiasmo. Se llamaba Miguel P. Cordón.

La aureola que rodeaba a María, después de los sucesos, se extendió por toda España. Toda la Prensa hablaba de su juventud y de su belleza; comentaba la intervención que había tenido en la lucha al lado de su abuelo, y hacía de ella un símbolo de las mujeres revolucionarias de Andalucía.

¡Pobre María! ¡Todavía no era más que una niña, buena y cándida, alma en flor, y se teja ya en torno suyo la blanca mortaja de la muerte!

Pero en aquellos días, ¡quién pensaba en la muerte, viéndola, plétórica de salud y de vida, imagen radiante, poética y extraordinaria!

Todos los presos estaban más o menos enamorados de ella y rivalizaban en obsequiarla. Cada uno seleccionaba lo mejor que le traían sus familiares y lo daba a sus guardianes, con el mismo ruego:

—Esto haga usted el favor de dárselo de mi parte a María Silva.

Las otras mujeres encerradas con María en la misma celda se beneficiaban de tanta solicitud en torno a la bella niña.

Su fotografía apareció en multitud de diarios. Los periodistas perseguían a la madre pidiéndola retratos; o bien rondaban la cárcel, esperando verla salir «a diligencias», para fotografíarla.

Su carita pensativa, con sus hermosos ojos y su expre-

sión de vaga e indecible tristeza, ¡a cuántos hombres hizo soñar en aquellos días!

Y su corazón, por su parte, hasta entonces tranquilo, compartió entre esa ferviente ternura por sus padres y su abuelo y su afecto sereno hacia Antonio, empezó a latir violenta y apasionadamente por un hombre.

EL GRAN AMOR DE MARIA

Fué allí, en aquella misma cárcel de Paterna, de donde tres años más tarde debía salir María hacia la muerte, donde comenzó su idilio. Primero diálogos entrecortados a través de las rejas, rápidas ojeadas, palabras breves cruzadas y miradas más elocuentes que los labios. Por las noches, en el rumiar gozoso en la cama, siempre la misma imagen persiguiéndola en el sueño y en la vigilia.

Jamás sintiera ella aquello por Antonio. Esto era, indudablemente, el amor, aun desconocido, el gran amor, soberano, que se apodera de los cuerpos y de las almas, los domina, los gobierna, hace de las vidas un cielo o un infierno.

Salieron casi juntos de la cárcel Miguel y María. En ella quedó Antonio Cabañas. Y de ella salió condenado a bastantes años de presidio.

¿Comprendió él, antes que ella misma, que la perdía, que su alma se le escapaba? Quizá la convicción de que lo que había sido la más grande ilusión de su vida se desvanecía para siempre, influyó en su actitud de indiferencia ante el Tribunal que lo condenó.

En ese drama sentimental, la figura de Antonio, sacrificado, sin una protesta, aceptando con dolor y serenidad la fatal ruptura, se agranda y se purifica.

¡Cuán triste, sin embargo, su destino! ¡Cuán amargos debían ser para él aquellos días en que veía ante sí, como única perspectiva, largos años de encierro, y a la mujer que había querido con toda su pasión de hombre en brazos de otro!

Ni Miguel ni María, sin embargo, fueron desleales. A quien primero le dijo María la verdad fue a Antonio, el primer día en que, ya libre y él un poco repuesto moralmente, fue a verle a la cárcel.

—Tengo que decirte una cosa, Antonio. Y te pido mucha serenidad, que comprendas y que perdones.

Antonio la miró dolorosamente:

—No te canses, María. Sé lo que vas a decirme. ¡Que quieras a Cerdón!

—¿Quién te lo ha dicho?

—Nadie. Es decir, la fiebre con que él hablaba de ti y tus miradas, el día que salisteis juntos. Eres libre, María. No puedo ni debo retenerte. Quizá seré condenado a cadena perpetua. Tampoco sería justo ni posible que me esperaras tantos años.

—No es eso, Antonio... Es que a Miguel le quiero como no he querido todavía a nadie. A ti te tengo mucho cariño, Antonio, mucho, y si no hubiese conocido a Miguel te hubiera esperado diez, veinte, treinta años, los que fuesen. Pero es que ahora comprendo que como quiero a Miguel no he querido a nadie. Perdona si te ofendo. Y dime que no me guardas rencor, que podremos querernos como hermanos.

—Eres libre, María. Que séais muy felices.

Si. Felices si fueron durante dos años breves como un sueño... María bebió muy aprisa la vida... ¡Había de ser tan corta!

Cuántas veces, con ese fondo supersticioso inconsciente de la mujer española, apoyaba su cabeza sobre el pecho de Miguel, murmurando:

—Tengo miedo, Miguel, mucho miedo. Una felicidad tan grande no es posible.

EL BIENIO NEGRO

El año 1934 fué aún peor que 1933. La desviación de la República hacia la derecha se fué acentuando cada vez más. Y las agitaciones populares se sucedían las unas a las otras. Al movimiento del 8 de enero de 1933 sucedió el del 8 de diciembre del mismo año, que vió el levantamiento de los pueblos campesinos aragoneses y levantinos y la represión cuenta con que se ahogó aquella protesta.

Republicanos y socialistas se debatían en la impotencia, encerrados en el círculo de sus propias contradicciones. Al afán confuso del Pueblo, que era víctima del sistema, que buscaba remedio a sus males y que, buscándolo, los agravaba, se contestaba con los máuseres de la guardia civil y las leyes excepcionales. Ley de Orden Público, Ley de Vagos y Maleantes, estados de alerta y de alarma, eran votadas con

AEP - CDHS
BARCELONA

más precipitación y con menos discusiones que la tímida Reforma Agraria, contra la que consumían turnos y más turnos los diputados de las derechas, abogados la mayor parte de los grandes terratenientes.

Tres nombres empezaban a sonar, como representación máxima de la maniobra defensiva de la reacción: Gil Robles, Calvo Sotelo y José Antonio Primo de Rivera, hijo del antiguo dictador, jefe de un movimiento filofascista, inspirado en los movimientos similares de Italia y de Alemania.

Al fin Gil Robles llegó al Poder, compartiéndolo con Lerroux, que, de jefe de los jóvenes bárbaros de 1909, se había convertido en republicano moderado, casi conservador. Es esta conjunción de Lerroux-Gil Robles—izquierdas moderadas y Confederación de Derechas autónomas—la que entronizó en España el famoso bienio negro.

Pero, dentro de su negrura, algo de bueno tuvo este período: consiguió aproximar de nuevo a los hermanos enemigos. El recuerdo de los veintitrés muertos de Casas Viejas, la amarga experiencia de tres años de conjunción republicano-socialista, se olvidaron ante la realidad que se vivía: las derechas en el Poder, preparando el retorno de la monarquía y de la dictadura.

Y empezaron a sonar por primera vez las palabras: Alianza Obrera. Los socialistas, que no movieron un dedo para salvar a las víctimas del 8 de enero ni pronunciaron una palabra para condenar el hecho, hoy, a su vez perseguidos y acosados por la conspiración reaccionaria, empezaron a lanzar cables a la C.N.T. Los republicanos, después de la traición de Lerroux y de los sucesos de Barcelona, que arrastraron a Companys a presidio y, con él, al Estatuto catalán, se sentían desbordados y desconcertados, aceptando el reconocimiento de sus fallas y de sus errores ante los frutos desgraciados que ellos mismos estaban recogiendo.

Pero, evidentemente, el hecho que más importancia tuvo y a través del cual el bienio negro justificó ampliamente este nombre, fué la llamada insurrección de Asturias.

El levantamiento de los mineros asturianos y de los trabajadores de talleres y fábricas se sincronizó con el gesto separatista de Cataluña. Pero así como en Barcelona el general Batet se hizo rápidamente dueño de la situación, deteniendo a Companys y a todo el Gobierno de la Generalidad, porque los obreros, que miraban a las fuerzas de la Esquerra y de Estat Catalá como enemigos, no se movieron para salvarles, en Asturias el movimiento alcanzó enorme envergadura. Por primera vez se lanzaron a la calle y combatieron unidos comunistas, socialistas y anarquistas, domi-

nando la situación durante quince días, en el curso de los cuales se iniciaron las mismas prácticas socialistas que debían marcar más tarde, dándole toda su significación y grandeza, la revolución de 1936.

El encarnizamiento y la brutalidad con que fué reprimida la insurrección de Asturias fué algo que sólo puede compararse a la represión desencadenada contra los comunistas parisiños. El general López Ochoa, enviado por el Gobierno Lerroux-Gil Robles para reprimir la sublevación popular, se ensañó con aquellas multitudes entusiastas y generosas, que, en la calle y dueñas de la situación durante bastantes días, no habían cometido ni un solo desmán, respetando la vida a todo el mundo y limitándose a abolir la moneda e instaurar el comunismo libertario.

Los fusilamientos, los asesinatos a mansalva, estremecieron de horror a la conciencia española, siendo el trágico preludio de lo que habían de ser mañana los crímenes del franquismo. La entrada de las fuerzas gubernamentales en Oviedo fué una masacre de trabajadores. En Carbayín se superaron los horrores de Casas Viejas; en Mieres, en La Felguera, en Gena, por todas partes por donde pasó la fuerza, los crímenes, las torturas, la barbarie alcanzaron límites que raramente había rebasado hasta entonces el Poder en los países civilizados.

Andalucía quedó un poco al margen de esta tragedia. Así pudieron vivir Miguel y María la rara felicidad de su amor durante aquellos dos años trágicos...

... Pero la tela sutil del Destino se iba tejiendo en torno suyo, sin que en su gestación intervinieran ellos mismos para nada. Vivían ignorantes y felices, devorando los días de dicha, entenebrecidos solamente con la vaga congoja supersticiosa de una ventura demasiado grande para ser duradera.

EL FRENTE POPULAR

Fué después de la insurrección de Asturias y de la caída de la Generalidad de Cataluña, cuando empezó a agitarse el programa del Frente Popular. La Alianza Obrera y el Frente Popular fueron los dos «slogans» de la propaganda de izquierdas en los meses que siguieron a la tragedia asturiana. Por su parte, las derechas organizaron sus fuerzas. Falange Española empezó a adquirir forma y carácter, y

la Iglesia, víctima de timidas disposiciones de la República, comenzó a conspirar y a moverse. Todo el año 1935 fué un año agitado en España. Se sentía avanzar la ola revolucionaria. El choque violento de la reacción y la revolución se hacía cada día más fatal e inevitable.

Los últimos meses de 1935 presidieron la campaña febril por las elecciones convocadas para el día 16 de febrero de 1936. La posición de la C.N.T. entonces fué dejar en libertad al Pueblo, pero señalar constantemente que, fuese el que fuese el resultado de la lucha en las urnas, la última palabra sería dicha en la calle y con las armas en la mano.

El ambiente aliancista iba ganando terreno. El grito de la insurrección de Asturias: «¡Uníos, hermanos proletarios!», iba penetrando en todas las conciencias. Los trabajadores sabían que al frente único y cerrado de todos los elementos de la reacción: clero, ejército, burguesía y aristocracia, no podía oponerse más fuerza eficaz y efectiva que la que constituían las masas obreras unidas. Largo Caballero aceptó la jefatura espiritual del movimiento aliancista en los sectores marxistas, y en la C.N.T. el aliancismo contaba ya con mártires como José María Martínez, muerto en la insurrección de Asturias.

En este ambiente de agitación y de fiebre, llegamos a las elecciones del 16 de febrero. El Pueblo se volcó en las urnas, votando por la libertad de los presos. Las izquierdas tuvieron un triunfo tan aplastante y absoluto como en 1931. Pero nadie podía engañarse sobre la significación de ese triunfo. Sin los miles de presos de Asturias, que la amnistía liberaría, el Pueblo se hubiera abstenido, consciente de que el triunfo en las urnas no representaba nada. A la reacción, que conspiraba, había que reducirla con otros procedimientos que las batallas electorales. La consigna de la C.N.T. fué entonces:

—Las elecciones las ha ganado el Frente Popular. Pero la reacción se prepara. Si no nos adelantamos a ella, todas las modestas libertades reconquistadas por el Pueblo se hundirán para siempre.

Una vez más, republicanos y socialistas no estuvieron a la altura de las circunstancias. No tuvieron la energía suficiente para desarticular la secreta organización de las derechas. Creyeron que encarcelando a Albiñana y a ciertos falangistas culpables de agresiones contra algunos jóvenes socialistas, ya era bastante. No bastaba con la U.M.R.A. para hacer frente a la conspiración de generales que preparaban el golpe de Estado de Franco.

Y cuando un grupo de guardias de asalto socialistas se

decidió a suprimir violentamente a Calvo Sotelo, ya era tarde. Calvo Sotelo no era más que un peón en aquel juego de ajedrez vasto y complicado, en el que jugaban multitud de factores. No podemos olvidar que Franco, según confesión reciente de un diplomático inglés, fué llevado de Canarias a Marruecos a bordo de un avión británico. La muerte de Calvo Sotelo no evitó la sublevación facciosa, que los que la financiaron y la apoyaron en la sombra creían triunfante en cuestión de horas. La hubiera evitado la desarticulación enérgica de todas las fuerzas comprometidas y el escarmiento ejemplar sobre algunas cabezas directoras, menos visibles que la del diputado católico, pero no desconocidas para los que tenían en aquellos momentos las riendas del Gobierno.

Nada se hizo, y sin la reacción vigorosa del Pueblo en Madrid, en Barcelona, en Valencia, en Gijón, en Bilbao, la sublevación hubiera triunfado, como triunfó en Sevilla y en Zaragoza.

EL FIN DE UN IDILIO

AEP - CDHS
BARCELONA

María entonces estaba embarazada de ocho meses. Durante unos días, la provincia de Cádiz se vió dividida en zona revolucionaria y zona facciosa. Miguel se lanzó a la calle, como todos los hombres válidos de la C.N.T. y de los partidos de izquierda. Durante unos días la suerte fué incierta. Cuando vieron que la cosa se ponía mal y que de los pueblos cercanos venían fuerzas franquistas a reducir aquella zona, los más significados escaparon.

Miguel se despidió de María. No podía llevarla consigo, expuesta a horas y horas de marcha, a ser cercados y exterminados por el enemigo.

¡Noche desgarradora, aquella última noche!

María no lloraba. Sería y tranquila, con sus hermosos ojos tristes, miraba en silencio a Miguel. Solo dijo dulcemente:

—¡Si! ¡Era un sueño demasiado hermoso para que fuese eterno!

Miguel la cogió en brazos, meciéndola como a una niña.

—No te preocupes. No sufras por mí. Me salvaré. Volveremos a reunirnos y a ser felices. Cuidate mucho, por ti y por nuestro hijito.

¡Cómo podía pensar él que ella corriese un mayor peli-

gro! Su vientre granado la hacía sagrada para todo hombre civilizado.

No sabían ellos que no eran hombres los que se acercaban. Que eran menos que fieras.

¡Noche, triste y última noche! La luna alumbraba la carretera polvorienta. De la campiña dormida subía un olor de hierbas buenas y los mil rumores del campo en verano. Sobre la tierra sedienta caía el rocío, como un llanto callado.

María le acompañó hasta las afueras del pueblo.

Un último abrazo pegó sus cuerpos el uno contra el otro, unió sus labios en un beso desesperado.

—¡Adiós, Maruja! ¡Hasta pronto!—le gritó todavía Miguel.

Ella, sin voz para hablar, le saludó lentamente con la mano levantada.

Y despacio volvió a su casa, a donde fué a reunirsele la madre.

—¿Qué piensas hacer?—le preguntó ésta con inquietud.

—¿Qué quieres que haga, madre? Esperar lo que venga No cabe otra cosa.

Lo que vino fué, a la mañana siguiente, la ocupación brutal del pueblo por las fuerzas de moros y legionarios, engrosadas de falangistas, que empezaron, casa por casa, la caza del hombre.

A los que hallaron, socialistas, republicanos, simples libre-pensadores, viejos o enfermos, retenidos en sus hogares por los achaques o un exceso de confianza, se los llevaron. A algunos los mataron a tiros expeditivamente en las afueras del pueblo o a las puertas de sus mismas casas.

Cuando llegaron a la de María, los indicadores que los guiaban dijeron:

—Esta es la Libertaria. Su amante ha escapado; pero ella por sí sola ya es buena caza.

—¡Y te ha dejado preñada el ladrón! ¡Qué lástima! ¡Con gusto hubiera hecho yo el trabajo!—dijo el que mandaba el grupo, mirando lascivamente a María.

María no contestó.

Recogió un poco de ropa en un hatillo y los siguió dócilmente.

La madre sollozaba, arrojándose a los pies del jefecillo falangista:

—¡Por compasión! ¡Que está de ocho meses! Que ella no se ha metido en nada!

—Eso se lo contará usted a otro. A mí me tiene sin cuidado. Dé usted gracias a Dios si no le pegamos un tiro ahora mismo, para acabar de una vez con esta raza maldita.

Todas las súplicas, todas las lamentaciones fueron inútiles.

María marchaba hacia su destino.

VIA CRUCIS

¡Cárcel de Paterna, donde tres años antes comenzara su idilio! ¡Vieja cárcel de Paterna, si tus muros hablasen, que desgarrador romance contarían!

Cuando María entró de nuevo en ella, estaba ya abarrotada de presos. Hombres y mujeres traídos de todos los rincones de la provincia. Allí iban a parar todas las piezas humanas cobradas en aquella feroz cacería.

Cada madrugada llegaban los falangistas de los pueblos, eligiendo sus presas. Se los llevaban al nacer el día, para matarlos en los pueblos mismos, «como escarmiento y edificación de herejes».

No se respetó a las mujeres. Aquellas señaladas como militantes de partidos de izquierda y de organizaciones obreras, fueron a la cárcel como los hombres y no pocas a la muerte

.....

¡Cárcel de Paterna, que cobijaste el amor de María Silva, que fuiste para ella aurora y tumba! ¡Con qué melancolía contempló de nuevo la obscura puerta, que ante ella se abrió y que sobre ella se cerró, como una losa!

En la celda donde la encerraron había tres mujeres más, esposas y madres de fugitivos. Las tres lloraban desesperadas, lanzando gritos lastimeros. María no lloraba. Contemplaba el dolor de los otros como extrañada. Suavemente, con su voz dulce y su gran calma, intentó consolarlas:

—Vamos, no llorar, que nada adelantaréis con ello. Hay que tener paciencia.

Su influjo las fué calmando poco a poco.

Las noticias que llegaban no eran nada satisfactorias. Cada día se sabía de nuevas detenciones. Toda la provincia de Cádiz era barrida por las hordas de desalmados, que lo asolaban todo.

Las madrugadas eran terribles. Temblando, estrechándose las unas contra las otras, las cuatro mujeres oían el rumor de los coches que llegaban, el ruido de las puertas que se

abrían, las voces broncas de los hombres que se llevaban la carne destinada al sacrificio.

Luego sabían las noticias

—Esta noche se han llevado a diez y seis. Entre ellos había una mujer

—Esta noche han venido los de Vejer y se han llevado a veinte.

—¿Sabéis dónde los matan? A la salida de Paterna, en unos prados. Luego cargan los cuerpos en camiones y los llevan al cementerio.

Las dos primeras semanas fueron terribles. El trasiego de víctimas se hacía sin sombra alguna de procesos ni de sentencias legales.

María Silva cada día se preguntaba:

—¿Cómo es que aún estoy viva!

Pasaba las manos por su vientre abultado y suspiraba:

—¡Pobre, pobre pequeñito mío, con tanto amor esperado!

Tu padre no podrá verte nunca. Quizá no te dejarán ni llegar al mundo.

La madre de María, desolada, corría de una autoridad a otra, pidiendo clemencia. Según se dijo, hasta el propio capellán de la prisión intervino, salvando la vida a María aquellos días, invocando su estado y el crimen que representaba matar a una mujer encinta.

Ni por un instante se hizo ilusiones María sobre su suerte. Sabía que estaba perdida, que toda batalla ganada a la muerte no era más que un plazo obtenido al Destino.

A la cárcel llegaban noticias. Se sabía que en Madrid, en Barcelona, en Valencia, el movimiento reaccionario estaba vencido y que la Revolución había estallado. ¡Pero se hallaban tan lejos los que podían ayudarles!

María pensaba en Miguel:

—Quizá él habrá podido salvarse.

¡Su idilio, su bello idilio, su amor, hermoso y breve como un sueño!

Un día la llamaron, conduciéndola ante un grupo de militares sentados detrás de unas mesas. No entendió casi nada, aún cuando se esforzaba en escuchar y en prestar atención. Solo oyó su nombre, mezclado con otros muchos nombres. Los que la rodeaban, inmóviles y desencañados, escuchaban también, sin comprender gran cosa:

—¿Qué es todo esto?

—Es un Consejo de Guerra—le dijo uno, un poco más sereno que los otros.—Nos van a condenar a todos a muerte.

—¿A muerte todos? ¿Qué habéis hecho vosotros?

—¿Y tú? ¿Has hecho algo?

—Yo no... Pero soy la Libertaria. A mí me mata la fama.

—No, María... Te mata el odio, el mismo odio que va a matarnos a todos.

¡El odio! Sí, el odio sádico de los señores, mezclado a su pavor de bestias. El odio sádico de los feudales, que habían templado durante cinco años, viendo sus privilegios en peligro. El odio obscuro, elemental, ancestral de casta.

Toda la tragedia de Andalucía, arraestrada durante siglos, estallaba ahora, se condensaba ahora, como una tormenta, en torno a la triste y bella cabeza de María Silva.

Eran los hijos de los aristócratas y de los nuevos ricos de Andalucía, los que formaban las bandas de requetés y de falangistas. Eran los hijos de los grandes de España, desposeídos por el pueblo, y los hijos de los toreros y los mercaderes de reses bravas ennoblecidos a fuerza de servilismo y de golpes de millones prodigados sosteniendo campañas electorales.

Habían visto el despertar del campesino andaluz, organizándose para las grandes batallas proletarias. Las legiones de siervos de la gleba, explotados en la impunidad y el desconcierto durante siglos, lograban convertirse en una fuerza coherente y temible. Los feudales omnipotentes habían masticado su terror durante aquellos años. Y ahora aplastaban, con furor irracional, enfermizo, al enemigo vencido. ¿Quién olvidará la horrible masacre de la plaza de toros de Badajoz, que recuerda las orgías de sangre de la Roma imperial, la destrucción en masa de los primeros cristianos?

En cada pueblo la gente rica y los perros a su servicio conocían a los hombres de izquierda. Casa por casa la carcería organizóse. Allí donde el marido, el padre o el hijo faltaron, se llevaron a la mujer, al hijo o al padre. Y como los más significados, los más comprometidos, huyeron, por pocas horas de tiempo que tuvieran, eran cogidos y asesinados hombres que apenas habían actuado, simples simpatizantes o viejos y mujeres que no quisieron o no pudieron huir, por sus achaques o su indefensión moral y física.

Ese fué el espantoso drama de toda la España ocupada por el franquismo. Nadie podrá establecer jamás la estadística de las víctimas hechas por la ferocidad de la dictadura y por las hordas de desalmados que la imponían y la sostenían. Nadie podrá saber jamás lo que fueron los tres primeros años de terror franquista en Sevilla, en Córdoba, en Zaragoza, en Badajoz, en Huelva, en León, en las Baleares y las Canarias, en Algeciras y en Cádiz y en los pueblos y ciudades que fueron arrancados a la resistencia popular contra el franquismo.

Cada casa sabe cuantos deudos faltan en torno de la mesa familiar, cuantos seres queridos fueron brutalmente arrancados a los brazos de sus deudos.

En estos días de julio y agosto de 1936, en que María Silva fué condenada a muerte, vivía Andalucía el apogeo del terror. Y alcanzó él tales proporciones, que la gente vivía como bajo los influjos de una espantosa pesadilla. Se veía morir al vecino, se veía caer al marido, al padre o al hijo o a la hija con una especie de estupor doloroso que quitaba toda facultad de raciocinio.

Y una resignación, casi una indiferencia sobrehumana, hacía presa en el ánimo de los que esperaban su turno. La vida ya no tenía ningún valor. Vivir hoy no quería decir vivir mañana. La vida y la muerte eran algo caprichoso y aleatorio, facultad misteriosa de una fuerza bárbara que escapaba a toda medida y a toda razón humanas.

LAS ESTACIONES DEL CALVARIO

Quando María regresó a su celda, sus tres compañeras la rodearon.

—¿Qué, qué pasa? ¿Qué te han dicho?—le preguntaron anhelantes.

María se sentó sobre un petate. Quedó un momento inmóvil, mirando en torno suyo, como extrañada. Sus hermosos ojos profundos se fijaron atentamente en sus compañeras de infortunio, como si quisiese grabar sus semblantes en su memoria. Luego dijo con voz igual, apenas alterada por un ligero temblor.

—Me han condenado a muerte.

Las tres mujeres prorrumpieron en alaridos.

—¿Pero así, de esta manera? ¿De qué te acusan, criatura? ¿Qué crimen pueden imputarte, si nada has hecho?

—No sé. Nos han condenado en masa a todos. Nunca había visto juzgar a la gente de esta manera. Pero así lo hacen ahora.

—¡Oh, pobre, pobre angelito! ¡No pueda ser que te maten en este estado! ¡No es posible que sean tan criminales!

Las lágrimas se deslizaron silenciosamente por las pálidas mejillas de María Silva.

Otra vez pasó las manos por su vientre granado. Su pensamiento voló hacia Miguel.

—¡Nunca más volveremos a vernos!—suspiró dolorosamente.—¡No podrá nacer nuestro hijo!

* * *

La puerta se abrió sin ruido y una sombra negra apareció ante los ojos asustados de las cuatro mujeres.

Un mismo alarido sobrehumano se escapó de tres gargantas:

—¡Ya vienen por ella!

María no dijo nada. Se irguió, hiérática e inmóvil, agrandada por la delgadez de sus facciones y de su cuerpo enflequecido, que hacía su preñez más evidente y más patética.

—No os asustéis—dijo el capellán de la cárcel con voz melosa.—No vienen por ella. Vengo, por el contrario, a hablar con María, para ver de ayudarla.

Y dirigiéndose a María directamente, le dijo:

—Ven conmigo, hija mía.

María le siguió, sin pronunciar palabra.

El carcelero les condujo a la sala de visitas. El cura hizo sentar a María en un banco y se sentó a su lado, cogiéndola una mano.

—Hija mía, tu desgracia me afecta profundamente. Quisiera ayudarte y no sé cómo. Desde luego te anuncio que he conseguido que aplacen tu ejecución hasta después de haber dado a luz, medida de clemencia a la que no pueden oponerse, por cuanto el caso está previsto en las leyes. Pero quisiera hacer más por ti... Quisiera salvarte la vida.

María guardaba obstinado silencio. En su cabeza trotaban los pensamientos. Bajo su exterior quieto y un tanto taciturno, se ocultaba una inteligencia poco común y una voluntad suave y firme. Antes de abrir la boca, sabía ya a dónde iba el cura. Es más, lo presumió solo con verle entrar. Pero calló, esperando que él abordase el tema por sí mismo.

Al ver que nada decía, el capellán reflexionó un momento y siguió diciendo, buscando las palabras.

—La situación es mala, muy mala. Las noticias que llegan de la zona donde no ha triunfado el glorioso movimiento, no son nada satisfactorias. Los rojos se entregan a toda clase de sacrilegios. Ni las imágenes sagradas ni los ministros del culto son respetados por nadie. Se incendian iglesias y conventos y se fusila sin piedad a sacerdotes, hermanos y hermanas. Esto explica el estado de exasperación en que se encuentra aquí la gente, sinceramente católica y que no puede contemplar sin indignación y sin protesta tantos desmanes. No todos se ven dotados por Dios del espíritu

cristiano necesario para no pensar en vengarse de tales desafueros. De ahí que son de prever y de excusar las reprensalias sobre los descreídos y los revolucionarios que se encuentran en esta zona. Te explico todo esto para que te hagas mejor cargo de la situación... La misericordia de Dios, sin embargo, es infinita y un buen arrepentimiento salva e indulta de muchas culpas... Eres joven, María, vas a ser madre... Te esperan muchos años de vida, si la quieres emplear rescatando tus pecados y tus errores. Haz una confesión completa y abjuración pública de tus culpas, y yo te prometo, si no la libertad, por lo menos la vida... Yo la presentaría como el fruto de mis esfuerzos por salvar tu alma y como un milagro de Nuestra Señora, que se dignó descender sobre ti y tocar tu conciencia.

Los grandes ojos de María Silva contemplaron profundamente al capellán durante unos segundos. Este la contemplaba también, esperando una respuesta.

—¿Qué contestas a ello, María?

—Lo pensaré, señor cura. Pero me digo que un arrepentimiento así, forzado por el peligre e impuesto por ustedes, no puede ser grato a Dios, si existe.

—No blasfemes, criatura. Los designios de la Providencia son insondables y todos los caminos son buenos para llegar a Ella. ¡Reflexiona! ¡Reflexiona! Yo pasaré a verte dentro de unos días. Piénsalo bien: O la vida, para ti y para tu hijito, entrando en el seno de la Iglesia, pasando unos años de penitencia en el presidio, saliendo de él purificada... O la muerte, inevitables, sin ese hecho sonado, después de tu alumbramiento.

—Lo pensaré, señor cura, lo pensaré—repetió María con calma.

Ante ella solo aparecía clara y evidente una cosa. Sin comprometerse a nada, podía aún salvar a su hijo, hacer nacer el fruto de sus amores. Algo de ella y de Miguel quedaría sobre la tierra, algo desconocido y ya amado, con esa ternura secreta y recóndita de la madre hacia el pequeño ser invisible que late en sus entrañas.

El cura la acompañó de nuevo hasta su celda, repitiéndole al estrecharle la mano:

—Un buen arrepentimiento, María, y la vida y el cielo son todavía para ti posibles.

Las mujeres la rodearon.

—¿Qué te ha dicho, María?

—Nada... No me matarán hasta después de dar a luz. Unas semanas ganadas y la vida de mi hijito segura.

—Quizá te indultarán luego...

—No... No me indultarán porque no haré lo que ellos quieren.

—¿Y qué quieren ellos?

—Que reniegue de la sangre de los Seisdedos. Que no le quede a mi hijo ni el recuerdo limpio de su madre. Pero esto yo no lo haré. La muerte no me asusta. Me asusta, hoy, por él, porque habíamos puesto los dos muchas ilusiones en su vida... ¡Cuántas noches dormíamos haciendo proyectos!... Miguel quería que fuese niña. Yo quiero un niño... ¡Tanta ilusión para nada!

Hablaba en voz baja, más para ella misma que para las otras. Las tres la contemplaban en suspenso, en adoración casi.

¿Es posible imaginar nada más sublime, ni más conmovedor, ni más patético que esa joven mujer, casi una niña, con el cuerpo hecho sagrado por la naturaleza, depositaria de la vida y ofrendada a la muerte?

Un rayo de sol, filtrándose por la reja, aureolaba de luz la cabeza angélica. Sus grandes ojos, como anegados en una humedad dulce, le comían el flaco semblante... Murillo no tuvo más hermosa ni más extraordinaria modelo para sus vírgenes.

AEP - CDHS
BARCELONA

LAS DOS ESPAÑAS

Mientras se desarrollaban las dolorosas etapas del calvario de María Silva, vivía el pueblo español su enorme tragedia.

Triunfante la insurrección facciosa en Sevilla, La Coruña, Zaragoza, Cádiz, Huelva, Algeciras, Córdoba (capital), San Fernando, Burgos, Valladolid, Avila, Soria, León, Palencia, etc., y triunfante el pueblo en toda Cataluña, en Madrid, en Valencia, Alicante, Málaga, Murcia, Bilbao, Gijón, San Sebastián, etc., en los centros industriales, metalúrgicos y mineros más importantes, la lucha se entabló despiadada y sin cuartel. Pronto el combate se convirtió en guerra organizada, guerra civil, la más terrible y fratricida, que puso muchas veces un hermano frente a otro hermano, un hijo frente a un padre.

Pero nunca hubiera podido Franco dominar la situación, ni aún en la España donde triunfó el movimiento, sino hubiese contado con la ayuda material de Italia y Alemania, traducida en envío de armas, de municiones, de hombres y

de dinero. Y sin la tolerancia encubierta de las llamadas naciones democráticas. En aquellos días, Inglaterra, gobernada por Chamberlain, impuso la política de No Intervención, que era, de hecho, de intervención a favor de Franco, traído de las islas Canarias a Melilla en un avión inglés.

No hay parangón posible entre lo que fué el proceder de una y otra de las dos Españas. Mientras en la dominada por Franco, requetés, falangistas, guardia civil, legionarios y fuerzas coloniales se entregaban a una orgía de sangre, anidados por los generales de la Junta de Burgos, que les exhortaban al saqueo y la masacre, en la España republicana organizaciones y partidos antifascistas se esforzaban en poner freno a lo que hubieran podido ser desmanes populares, evitando abusos y protegiendo vidas en peligro. Jamás la aviación republicana bombardeó la España ocupada por Franco. Sin embargo, la aviación franquista compuesta casi exclusivamente de aviones y de aviadorez alemanes e italianos, derramó millones de toneladas de bombas sobre la Barceloneta—casi totalmente destruida—el Grao de Valencia, convertido en un informe montón de escombros; sobre Madrid, bombardeado sádicamente por el aire y cañoneado por tierra, sobre todas las capitales de la España republicana, destruyendo monumentos históricos y vidas humanas por millares.

Las dos Españas históricamente en pugna desde hacia siglos, se veían hoy frente a frente, envueltas en una lucha de grandeza y ferocidad nunca igualadas. Era la España negra de los Torquemada, de los Arbúes, del jesuitismo y del feudalismo, inquitatorial e intolerante; la España del Angel Exterminador; la España de Zumalacárregui y de Cabrera, de Zapatero y de Polavieja; la España que mató a Torrijos y a Riego, a Fúzal y a Ferrer; la España de Montjuich, de Cánovas y de Weyler; la España de la sotana y el tricordio; la España de «Doña Perfecta» y de «Electra»; la España negra, en una palabra, enfrentada con la otra, la de las Germanías y las Comunidades, la de los Fueros y franquicias populares; la de Pedro Crespo y D. Quijote; la España idealista y soñadora; la de Goya, de Floridablanca y de Jovellanos; la del Empecinado y el alcalde de Móstoles; la de Salmerón y Pi y Margall, la de Giner de los Ríos, de Angel Ganivet y Joaquín Costa; la España gigantesca, de hombres viriles, rudos y heroicos, capaces de vivir y de morir en las más grandes gestas; la España rebelde y creadora, preñada de ideales, sedienta de justicia, hambrienta de libertad y de derecho, ansiosa de realidades fecundas.

Y mientras en la España dominada por la España negra se asesinaba al Arte en la persona de García Lorca, y al pueblo en la figura de María Silva; mientras se humillaba a Unamuno y el «¡Muera la inteligencia!», de Millán Astray era aullado por toda la jauría reaccionaria, en la otra se pugnaba por abrir nuevas perspectivas al mundo absorto y maravillado, simultaneando la lucha en los frentes con las realizaciones socialistas en la retaguardia; respetando la vida de sabios reaccionarios como Marañón y de escritores enemigos del pueblo como Benavente, esforzándose en llenar el vacío de cien años de ultramontanismo con los magníficos elementos del alma popular española, capaz siempre de entusiasmo y de idealismo, abierta al mundo, anhelante de saber y de recuperarse, creciendo siempre dentro de sí misma, en el más conmovedor y magnífico ejemplo de compenetración y de voluntad que pueda dar colectivamente un pueblo.

LA ESPERA DE LA VIDA Y DE LA MUERTE

¡Oh, madres que alumbrastéis después entre las alambradas de los campos de concentración nazis; madres que paristeis en los trenes cerrados que os conducían al exterminio; madres que supistéis lo que era el DOLOR, con mayúscula, que apurastéis hasta la hez un cáliz de amargura que ni Cristo ni su madre, símbolos cristianos del sufrimiento, conocieron; vosotras, muertas o supervivientes en la gran tragedia de la que el drama español era el prelujo; vosotras, solo vosotras, comprenderéis el martirio de María! Sabía que iba a morir, sin piedad y sin remedio; que su pobre existencia estaba pendiente del hilo de sangre que cada día iba formando aquella otra existencia, la del pequeño sér que alentaba en sus entrañas. Sabía que cada día que la acercaba al del alumbramiento, la acercaba asimismo a la muerte.

Lo que para otras madres es espera ilusionada y gozosa, para ella era alucinante pesadilla.

Y sin embargo, una inmensa serenidad había descendido sobre ella. Plácidamente, continuó preparando el ajuar de su hijito. Continuó trabajando en la fabricación de ese «trousseau» en que gastamos nuestros últimos gustos de niña antes de transformarnos definitiva y cruentamente en

mujeres. Durante horas y horas, sus dedos ágiles cosían o hacían calceta. Sus compañeras la ayudaban, esperando todavía un milagro:

—¡Quizá te indultarán!—le decían.

Ella levantaba los ojos, en los que brillaba una luz irreal, reflejo interior de un sueño sin mañana.

Suavemente, con su voz dulce y un poco opaca, había respondido al capellán:

—Señor cura, mucho temo que no pueda hacer lo que usted me pide. Si realmente la gracia desciende sobre mí y el milagro de creer sinceramente se opera en mi alma, con gusto me bautizaré y renegaré de mi pasado. Pero por salvar la vida, no, señor cura, que me despreciaría a mí misma y me despreciaría mañana mi hijo, si es que llega a hombre.

—¡Pero, criatura, piensa que vas a morir!...

—Si Dios existe y es justo y sabe que ningún crimen he cometido, debe salvarme apesar de todo...

El capellán la contempló, entre irritado y sorprendido. Nunca hubiera sospechado en esa frágil muchacha, casi una niña, tanto temple y tanto carácter.

—No te das cuenta de lo que te espera, desgraciada.

—¡Oh, señor cura, he visto ya morir a demasiados para que no sepa cual va a ser mi suerte! Yo le estimo y le agradezco mucho lo que ha hecho por mí, pero yo no puedo tampoco hacer nada contra mi conciencia. Si puede usted interceder por mí y salvarme la vida, será una buena y noble acción que le honrará ante sí mismo. Si nada puede hacer, sin darle yo motivo con mi abjuración de cuanto ha constituido la razón de ser de mi familia, déjeme usted seguir mi destino. Resignada estoy ya a todo.

—Estás loca... Sólo una loca desaprovecharía la ocasión que te ofrezco de salvarte la vida.

María no contestó, mirándole con sus ojos profundos, que removían hasta el fondo del alma. El capellán bajó la mirada, dominado por la serena expresión de aquellas pupilas sin jactancia, pero en las que había una resolución sobrehumana.

María sabía, lo supo desde el primer momento, que aquella actitud la condenaría libremente a muerte. Ahora moriría no solo por ser la Libertaria, la nieta de Seisdedos: moriría, porque con su muerte el terror sobre las conciencias tendría una forma de argumentar y de definirse. Se podría decir:

—Si hubiese abjurado de sus errores; si hubiese vuelto al seno de la Iglesia, no habría sido fusilada. Lo ha sido

por su fanatismo, por su persistencia en el error, por su obstinación en el pecado.

De haber aceptado la infame transacción, su nombre hubiera sido arrojado a la faz de los rojos: La famosa Libertaria ha reconocido públicamente el error de las nefastas ideas que le inculcaron sus padres y, tocada por la gracia de Dios, ha hecho confesión y penitencia ejemplares. Después, ¡quién sabe! Quizá la muerte también; el presidio y el convento seguros.

No, no había opción para ella. Cuando sus compañeras murmuraban:

—Finge que te arrepientes; salva de momento la vida— ella movía la cabeza.

—No la salvaría tampoco... Y si para salvarla tengo que morir realmente como lo que he sido, como lo que me hizo mi abuelo, como lo que amó Miguel, ¿para qué quiero la vida? Si no son capaces de indultarme, apiadados ante mi estado, ¿cómo serían capaces de dejarme vivir, una vez hecho ya el efecto de mi arrepentimiento? Tendría que representar una larga y penosa comedia de muchos años, para la que no me siento con fuerzas.

Y, moviendo la linda cabeza obstinada, María volvía a su ajuar de muñeca.

¡Amorosas manos de mujer, flacas y blancas manecitas, prometidas a la muerte! ¡Cómo acariciaban ellas las bordadas camisillas, los zapatitos de lana, los humildes pañales que envolverían al ser misterioso que hora tras hora se iba formando!

¡Con qué angustia y con qué desgarradora impaciencia iba rayando días María! Un día más vivido y a vivir. Un día que la acercaba al instante del alumbramiento, que la aproximaba a la muerte.

La madre seguía implorando clemencia. Los que podían ejercerla se encogían de hombros.

—Es ella, ella sola la que se pierde. Se le ha ofrecido una manera de salvarse y no la aprovecha. A lo mejor cree que llegarán a tiempo los rojos para salvarla.

La madre, desolada, le decía a María:

—¡Hija de mi alma! ¡Bautízate, di que reniegas de todo, pero salva la vida! ¡Hazlo por mí y por tu hijito!

—¡Y eres tú quién me aconseja esto, madre!—murmuraba María, con dulce reproche.—¡Eres tú quién me dice que reniegue de ti misma!

—Para mí nada hay que importe más que tu vida.

—Para mí sí, madre. Hay todo lo que me enseñastéis a creer, a respetar; todo aquello por lo que venimos luchando

desde hace tanto tiempo. Por ello han muerto y están muriendo y morirán todavía muchos. ¿Voy yo a ser tan cobarde que, por salvar mi vida, les afrente y les quite hasta el orgullo de ver que soy capaz de dar a todos ejemplo de consecuencia y entereza? Déjame, madre, esperar tranquila. No me martirices tu también.

¡Días siniestros y magníficos, que elevastéis una conciencia y un carácter hasta lo sublime! ¡Días que valen por toda una vida, que transformastéis la muchachita tímida en mujer grande y fuerte!

Era la misma, un poco taciturna, de movimientos suaves, de gracia quieta. Y era otra, afinada, hecha más grave, más profunda.

El embarazo seguía su curso normal y se acercaba a su fin. El médico la examinó dos o tres veces. Se presentaba todo bien. María era sana, bien proporcionada, de una raza robusta y fecunda. Hubiera dado muchos hermosos hijos; hubiera sido buena madre, inteligente y tierna.

¡Pero tenía que morir! La fiera necesitaba carne; no bastaban los raudales de sangre que cubrían de la cabeza a los pies a los verdugos. Era precisa esa sangre de mujer rebelde, de mujer que era la encarnación y el símbolo de España crucificada.

EL ALUMBRAMIENTO

Al fin llegó el día del parto. A los primeros dolores, María fué trasladada a la enfermería.

¡Horas de indecible sufrimiento, en las cuales su alma y su cuerpo crujían y se desgarraban!

Ni una queja se exhalaba de sus labios. Concentrando sus fuerzas, en una tensión de todo su ser, se entregaba entera, pensando solo en dar la vida al hijo de su amor.

¡Horas sublimes y mortales en las que la mujer asciende, por el sufrimiento, hasta la divinidad! ¡Horas de esperanza, para las demás mujeres, que, al desplomarse exhaustas sobre el lecho, con el último dolor y el primer vagido, sienten la delirante alegría del milagro salido de sus flancos palpitantes!

¡Las demás mujeres! Para las demás mujeres había un mañana, que se poblaría con risas de niños, con el encanto de los primeros besos, la ilusión de las manecitas infantiles, aproximándose hacia sus semblantes, con la voluptuosidad

de las boquitas succionando la leche de sus senos. Para las demás mujeres había un mañana, poblado de esperanzas y de proyectos. Para ella no había más que la sombra fría de la muerte, que un amanecer siniestro, en que vendrían a buscarla, en que partiría para siempre, dejando para siempre su hijo, su amor, la vida, el sol sobre las casas y los campos, el rocío sobre la hierba, los pájaros sobre el follaje, el agua cantando penas abajo.

¡Oh, sólo vosotras, madres que paristeis desangrándose en los siniestros «bunkers» de Alemania; madres que alumbrasteis en la soledad y la desesperación; que visteis cómo os arrancaban para siempre de los brazos los hijos tan miserablemente nacidos; sólo vosotras, madres dolorosas que vivisteis ese largo e indecible martirio, podriais comprender lo que fueron esas horas de la vida de María Silva!

Porque una nueva y terrible angustia vino a atenazarla aún antes de oír el primer grito de su hijo:

—¿Me lo quitarán? ¿Podré tenerlo conmigo? ¿Podré a lo menos dejarlo a mi madre?

El médico, apiadado, murmuró a su oído:

—Yo haré lo que pueda porque te lo dejen. Pero yo no puedo prever lo que pueden ser órdenes de la dirección de la cárcel.

—A lo menos que no me lo quiten, que pueda tenerlo conmigo hasta el último momento, que pueda dejarlo a mi madre.

—No pienses en todo eso, criatura.

El dolor moral era más agudo, más intolerable que el dolor físico. Sana, robusta, aunque debilitada por los sufrimientos y el encierro, el parto, apesar de ser primerizo, fué relativamente fácil.

Cuando oyó el primer vagido del pequeño ser, María solo tuvo fuerzas para preguntar:

—Decídmelo si es niño o niña.

—Niño—le dijo la comadrona que ayudaba al médico.

María dejó caer la enflaquecida cabeza sobre la almohada.

¡Niño! ¡Como ella había querido!

¡Sueños, largos, dulces, deliciosos sueños de madre acariciados en los primeros meses de embarazo! ¡Cuántas veces cogía las manos de Miguel y las aproximaba a su vientre!

—¡Escucha, escucha cómo se mueve!

Los dos, conmovidos, temblaban de esperanza, imaginando ya al pequeño ser que se agitaba, que se removía en su cálido encierro.

¡Sueños, largos y delirantes, imposibles sueños! El hijo estaba ya allí, carne palpitante, vida misteriosa, surgida de

sus flancos fecundos. Y al lado de la nueva cuna, pronto se abriría, implacable y siniestra, la boca de la fosa.

El cura fué a verla al día siguiente de su alumbramiento:

—Aún es tiempo, María. Aún puedes salvarte. Yo no deseo otra cosa, criatura. Pero es que aunque quiera nada puedo hacer, ni no me das pie para ello. Piensa que aquí los que mandan consideran que no se puede tener contemplaciones. Piensa que, con tu arrepentimiento, interesarías en tu salvación a todas las señoras de Paterna, de toda la provincia, que podríamos mover al obispo, llegar hasta Sevilla, obtener el indulto o la conmutación de pena. Así como así, solo pidiendo tu gracia sin un motivo sonado, sería perder el tiempo.

Quizá era sincero, quizá no era mal hombre, como no debía ser mal hombre el director de la cárcel, todos los que hacían decir a la madre de María:

—Que haga algo que justifique un movimiento de piedad a favor suyo, e intentaremos alguna cosa.

María les mostraba su hijo:

—¿Y esto, no es algo? ¿No pueden tener piedad de esta criatura, a la que van a dejar sin madre? ¿No basta eso? ¿No les inspira compasión este cuadro?

—No, no basta esto, María. ¡Hay tantas mujeres y tantas criaturas en vuestra situación! Y habéis hecho tanto contra el régimen, contra Dios y la sociedad, que, sin antes renegar de tu pasado y arrepentirte, toda piedad es imposible.

—¿Qué he hecho yo?—pensaba María en su cama, estrechando contra ella el cuerpecito de su hijo.

Si, ¿qué había hecho ella? Vida limpia y simple, de muchacha humilde, hacendosa y trabajadora. Vida de rudos proletarios, la de toda la familia, alimentada por el amor a ideas de justicia, por el sentimiento solidario, por la voluntad y el deseo de hacer el bien. Y solo el bien habían hecho ella y los suyos a manos llenas. ¡Si a esto le llamaban hacer mucho contra Dios y la sociedad!

De nuevo veía a su abuelo, recio, con su atezado semblante, su ancho corpachón, sus ojos claros, de mirada recta y brillante, de espaldas un poco encorvadas, de tanto inclinarse sobre la tierra. a la que, de padres a hijos, habían ido arrancando su sustento. Veía a sus padres y a sus tíos, ramas robustas del mismo frondoso árbol, crecidos a la sombra de Seisdedos, como él alimentados de lecturas generosas, como él prodigándose en el mismo consciente esfuerzo: dar al campesino andaluz la fuerza que representa una organiza-

ción, una cohesión de la fuerza. Casas Viejas, misero pueblecito de chozas cubiertas de paja, era una aglomeración de hombres de inteligencia despierta, de gran cultura sindical, donde resultaban ya inútiles los mitines de agitación, a donde sólo se iba a dar conferencias, donde, a falta de riqueza material, existía la gran riqueza moral de una comunidad consciente y estrecha.

Todo esto vivía en María con fuerza irresistible. Todo esto, pedazo de vida generosa y libre, tenía más fuerza que la muerte. En el fondo de ella, la sangre recia e indomable se agitaba. Sentía el orgullo y el coraje hincharle el corazón.

—¿Y quieren que reniegue de todo esto, que eche sobre los míos el baldón de infamia? ¡Qué poco conocen a los Seisdedos!

Miraba a su hijito, el último retoño de la raza.

—¡Si mi abuelo lo viese!—pensaba enternecida.—¡Si Miguel pudiera verlo!—Sus ojos se anegaban en lágrimas.

¿Dónde estaría Miguel, en aquel momento? ¿Por qué su hijo había tenido que nacer encontrándose ella tan desolada y tan sola?

—¡Hijo de mi alma, amor de mis amores! ¡Cuánto quisiera poder quererte tu madrecita! ¡Y no me dejarán, clemente mío! ¡Te dejarán sin madre, pobre pequeñito! ¡No tienen entrañas!

LA ODISEA DE MIGUEL

Mientras se desarrollaban estos dolorosos sucesos, ¿cuál había sido la suerte que le cupiera a Miguel?

Salido de Paterna aquella madrugada trágica, tuvo que pasar muchos días por los montes, a salto de mata. Su intención era dirigirse hacia Málaga, en donde se sabía que el levantamiento faccioso había sido derrotado.

Pero, hasta llegar a zona libre, ¡cuántos kilómetros a salvar y cuántos peligros a correr! De día dormía en las grutas naturales; de noche andaba por bosques y caminos poco concurridos. Como él, centenares de hombres corrían, huyendo de la muerte.

Su corazón, angustiado, volaba hacia María.

—¿Qué será de ella?—se preguntó mil veces.—¿La respetarán? ¿Se atreverán a encarcelarla, a condenarla?

Si hubiese sabido lo que la esperaba, si hubiese llegado a concebir el sadismo y la barbarie de la reacción triunfante, ¡cómo se la hubiera llevado, aunque hubiese sido en brazos!

¿Pero cómo hacerla correr las peripecias, la fatiga, la

AEP - CDHS
BARCELONA

angustia de esa larga fuga a través de caminos, montes y valles, hasta llegar a la otra España? No hubiera podido resistirlo; hubieran debido detenerse los dos, rendidos, habrían caído igualmente en manos del enemigo.

En aquellos días negros, llamar a una puerta, acogerse a la hospitalidad de una casa, era perderse y perderles. Miguel lo sabía y por eso huía solo, concentrado en un solo pensamiento: ganar días al enemigo, poner leguas y horas entre él y los que podían reconocerle.

Se salvó, al fin. Al cabo llegó a tierra libre del dominio falangista. Su traje era ya un montón de harapos; sus zapatos estaban destrozados por tantos días de marcha en zig-zag, a través de terrenos escarpados y erizados de matorrales.

¡Pobre Miguel! La suerte no le acompañó tampoco. Le vi por última vez en 1937, no recuerdo exactamente si fue en Jaén. Hizo la guerra como corresponsal de Prensa y como combatiente. Estaba moralmente deshecho por la tragedia de su casa; la fiebre en que todos vivíamos sumergidos, enajenados de nosotros mismos, no bastaba a restañar la sangre de la herida abierta.

La muerte no le respetó. Murió también, con las armas en la mano, frente al enemigo, que destruyó su hogar, que mató a su compañera, que le robó el hijo que nunca conociera.

Era uno de los valores nuevos, surgidos de esa cantera inagotable que es el Pueblo español. Como el poeta Senderos, como Santana Calero, como Alfonso Martínez, como Conejero. Como esa pléyade de jóvenes que eran la nueva promoción confederal y libertaria de España y que fueron asesinados por el enemigo. Pérez Cerdón era más que una promesa: era ya una realidad, por su inteligencia, por su cultura, por su carácter.

Poco queda de él, aparte sus crónicas en «La Tierra», en «CNT», en «Sol». Su vida fué muy corta, brutalmente sagada. Su propia figura queda ahogada, desdibujada, bajo la proyección patética del drama de María. Pero ella por él fué y él por ella será, tiernamente unidos ante la posteridad por su amor juvenil y su fin trágico, como viven Romeo y Julieta, Isabel de Segura y Diego Marcilla.

LA MUERTE DE MARIA SILVA

Ocho días después de su alumbramiento, María fué de-

vuelta a la celda que compartía con sus tres compañeras. Su hijo la acompañaba.

De sus pechos bebía él un raudal de generosa savia. A pesar de las angustias y los sufrimientos, la Naturaleza hacía su obra. La joven tenía mucha leche y pidió y obtuvo que le dejaran el niño con ella, hasta que llegase el fatal momento.

Toda la preocupación de la joven madre era evitar que su hijo fuese llevado a la Inclusa. Si al menos se lo entregaban a su abuela, cuando la fusilaran, ella moriría con la tranquilidad de que al niño nada había de faltarle, que la pobre mujer pondría en el retoño de su hija toda su ternura. Cuando el capellán se presentó nuevamente, María le dijo:

—Si yo falto, mi hijo será entregado a mi madre, ¿verdad, señor cura?

—No puedo contestarte a ello, hija mía. Todo depende de la dirección de la cárcel. ¿Puedas hacer de él un pequeño hereje?

—¡Oh, no, señor cura...! No me dejarán tiempo para ello.

—¿Persistes en tu actitud suicida, María?

—No persisto en ninguna actitud, señor cura. Creo que es ofender a Dios fingir y simular lo que no se cree.

—¡Nada podré hacer por ti!

—Ya lo sé... Hágalo usted por mi hijo.

—Hay que bautizarlo.

—Entiéndase usted con mi madre para ello. Yo, desde aquí, nada puedo hacer en pro ni en contra.

Cuando fué su madre a verla, María, persiguiendo su idea fija, le dijo:

—Madre, hay que hacer lo posible y lo imposible para que te den el niño cuando me fusilen. Ve a ver al capellán, y haz lo que sea preciso con tal de que, bajo cualquier pretexto, no lo lleven a la Inclusa.

¡Pobre, pobre María! Más allá de la vida, quería ella velar por su hijo. Pensaba que si a cambio de una concesión mínima, de la aceptación, por parte de su madre, de algo que también le sería impuesto, aunque a ello se opusieran, obtenía la seguridad de que su hijo sería entregado a lo que quedaba de su familia, se llevaría esta paz moral a la tumba.

La pobre madre estalló en sollozos al escucharla.

—¿No tendrán, pues, compasión de ti, hija de mi alma?

—Hay que prever siempre lo peor, madre. Si luego las cosas salen mejor, pues todo eso tenemos ganado.

María estaba dotada de un robusto buen sentido. Era serena y equilibrada, como su abuelo, de alma fuerte, bien

templada, poco propensa a los excesos imaginativos. Vela las cosas con lucidez y con calma. Y aceptaba su destino sin protestas inútiles. ¿De qué hubieran servido? Toda esperanza de ablandar con súplicas aquella voluntad feroz e intolerante que reinaba sobre centenares de vidas, era un sueño. María no soñaba.

Con tenacidad se defendía asimismo de todo enternecimiento. Cuando, sentada con el niño sobre sus rodillas, desabrochaba su vestido y le daba el seno, cuando sentía la boca voraz de su hijito pegarse a su pezón y succionar la savia que de su cuerpo manaba, su corazón latía violentamente. ¡Su hijito, su hijito adorado, el hijo de Miguel, el hijo de su amor, tan ardentemente esperado!

Cerraba los ojos, e imaginaba sus primeros balbuceos, sus primeros pasos. Imaginaba su alegría delirante, si hubiera podido oír llamarse: ¡Mamá!, por aquella boquita adorable.

Después le iba siguiendo en su paso por la vida.

—Luego será un chiquillo travieso, que correrá los campos, que hará enfadar a la abuela. Luego irá creciendo, y será un muchacho que irá a la escuela, que aprenderá muchas cosas... Luego será un hombre, hecho y derecho. Sabrá la tragedia que vivió su madre y me amaré con delirio... No, no es posible que envenenen su alma contra sus padres, contra su familia, contra las ideas por las que hemos muerto y vamos a morir todos. Han cometido, están cometiendo tantos crímenes, que nuestros hijos crecerán necesariamente en el odio de los verdugos. Ese odio se alimentará naturalmente de recuerdos, vivirá en sus almas mientras vivan.

A veces la inquietud se apoderaba de ella.

—¿Y, si no le cuidan bastante? ¿Si no toman suficientes precauciones cuando pase todas las enfermedades infantiles? ¿Si se lo quitan a mi madre, para que no sepa que es el último de los Seisdedos?

A este pensamiento, la sangre se helaba en sus venas. Las lágrimas afluían a sus ojos y se deslizaban mansamente por su triste semblante, cayendo sobre el niño, que, con el pezón entre los labios, dormía satisfecho.

Las tres mujeres—las tres Marías que acompañaban a la Mater Dolorosa en su calvario—la miraban tristemente, ahogando los sollozos.

Llegó al fin la madrugada trágica.

¡Día maldito, que teñiste tu aurora de inocente sangre!
María dormía profundamente. Una de sus compañeras,

la más vieja, que padecía de insomnios y vivía en un constante estado nervioso, fué la primera que sintió aproximarse la caravana siniestra.

Otras noches les había oído, abriendo las puertas de otras celdas. Pero aquel día, como un presentimiento angustioso la hizo incorporarse en su petate, tender ansiosamente el oído.

Los pasos se detuvieron ante la puerta. María seguía durmiendo, con su hijito contra su pecho.

El ruido del cerrojo al descorrerse la despertó. Y cuando el carcelero y el grupo de falangistas y guardias civiles entraron, ella ya estaba sentada en su cama, dominando los latidos de su corazón palpitante.

—¡María Silva Cruz!—dijo con voz ruda el que parecía jefe de la siniestra tropa.

—Soy yo—contestó ella con voz firme.

—Levántate, vistete y síguenos. La hora de la justicia ha llegado.

—Bien; esperen ustedes un momento.

Las otras tres prorrumpieron en alaridos.

—¡Verdugos! ¡Criminales! ¡Acaba de dar a luz y vais a matarla!

—Tened la lengua, arpas, si no queréis acompañarla. Ha sido condenada a muerte. La ley es la ley, y la hora de la expiación ha sonado.

—¡Ptss!—hizo María, poniéndose un dedo en los labios.—No gritéis, que vais a despertar al niño.

Dirigiéndose a los falangistas y a los guardias, les dijo con energía y con calma:

—El que vengaís a buscarme para ejecutar la sentencia no quiere decir que tenga que vestirme ante vosotros. Haced el favor de salir y cerrar la puerta.

Impresionados a pesar suyo, los hombres se miraron un momento y al fin salieron.

María se vistió. Mientras iba poniéndose las prendas y haciendo un último tocado, decía a sus compañeras:

—Guardad al niño hasta que venga mi madre por él. Pedid leche al director. Decidle que mi madre pagará lo que sea. Que, sobre todo, ella no se lo deje quitar y llevar a la Inclusa. Pensad que a las siete está acostumbrado a tomar la primera tetada y que la reclamará con fuerza, pues tiene mucho apetito.

Las tres mujeres sollozaban, incapaces de pronunciar ni una sola palabra.

Cuando María se estaba pasando el peine, la puerta se

abrió nuevamente y aparecieron el cura y el director, desenchajados.

—Puedo asegurarte, María, que yo ignoraba completamente que así, sin previo aviso, sin estar en capilla, tan bruscamente, se produjesen las cosas.

María movió la mano.

—Es igual, señor cura. No es la primera vez que esto ocurre. ¡A todos los matan de la misma manera!

—Si quieres mis auxilios espirituales exigiré que te den tiempo para confesar y oír misa.

—Nada tengo que confesar, señor cura. Mi conciencia está tranquila. Nada malo he hecho, y conmigo se comete un crimen más de los muchos que se están cometiendo. Sólo le pido que haga usted entregar el niño a mi madre. Sólo le pido que se lo dejen a ella. Es lo único que va a darle.

El director le preguntó:

—Y yo, ¿puedo hacer algo por ti, María?

—Sí; mientras no llegue mi madre, haga usted el favor de ordenar que entreguen leche hervida, un biberón y un poco de azúcar a mis compañeras para mi hijo. Eso es todo lo que deseo.

Los falangistas y los guardias esperaban, con las armas en la mano, en la puerta.

María cogió por última vez a su hijito en brazos, cubriéndolo de besos. Sólo entonces las lágrimas manaron de sus ojos, inundándola el semblante. Temiendo desfallecer, que la emoción la venciera, que no tuviese bastante fuerza para mantener su coraje frente a sus verdugos, se desprendió de él, poniéndolo en los brazos de la más anciana de sus compañeras, que era la que aun guardaba un resto de serenidad y de entereza.

Con voz entrecortada por las lágrimas se despidió de sus tres amigas:

—¡No lloréis! Tened confianza. Cuidad de mi hijo... Sobre todo, haced todo lo que esté a vuestro alcance para que lo den cuanto antes a mi madre.

Inclinándose una vez más sobre el niño medio dormido, regó con sus lágrimas el tierno y sonrosado semblante.

—¡Adiós, hijo de mi alma! Que llegues a hombre y que sepas algún día el crimen que van a cometer con tu madre. Impaciente, el jefe de los falangistas dijo con brutalidad:

—¡Apúrate, María, que es tarde!

¡Tarde, Señor, e iba a morir cuando aun no había cumplido los veinticuatro años!

María le miró un instante con expresión indescriptible, e irguiendo la linda y juvenil cabeza se dirigió hacia la puerta.

—Vamos, ya que tanta prisa tienen.

En la puerta les esperaba un camión, en el que había seis hombres más, amantillados.

María les miró un momento. No reconoció a ninguno.

—Sube—ordenó el falangista.

Un guardia la ayudó a montar en el vehículo; tras ella montaron los falangistas, y la comitiva se puso en marcha.

Amanecía. Un amanecer del mes de septiembre, fresco y radiante. La primera escarcha cubría con su ligero manto blanco los prados. María, vestida ligeramente, se estremeció bajo el aire frío. Uno de sus compañeros de desventura murmuró:

—¿Tienes frío?

—¡Qué importa! ¡Pronto no sentiremos ni calor ni frío!

—¿Quién eres tú?—preguntó de nuevo el mismo.

—Me llamo María Silva. Y vosotros, ¿de dónde sois?

—¿Sois de Paterna?

—No. Nos trajeron de más lejos. Pero vamos a morir juntos.

—¿Sois de la C.N.T.!

—Yo no. Yo soy de la U.G.T. y otro también. Los otros sí son de la C.N.T. Pero gente que no se metía en nada.

Es igual. Vamos a morir todos.

Hablaban con indiferencia, como si se tratase de algo sin importancia.

María cerró los ojos y su pensamiento voló hacia su hijo, hacia Miguel, hacia su madre. En un minuto desfiló ante ella, como una cinta cinematográfica, su vida, tan corta. Sus horas de felicidad, sus sueños, sus angustias. ¡Todo iba a terminar dentro de muy pocos minutos!

No lloraba. Una vez más, su calma, sus gestos sosegados, su serenidad, su infuajo, infundían ánimo y dominio sobre sí mismo a los otros.

Al fin el camión paró. Junto a la carretera—la que va de Medina a Jerez de la Frontera—había un prado. Allí iban a ser fusilados.

María saltó del camión la primera. Los falangistas la miraban, codiciando su belleza.

—¡Lástima que tengas que morir!—murmuró un guardia civil de escolta a su oído.

Ella no contestó; ni le miró siquiera.

Los hicieron poner en fila contra una elevación del te-

reno. Guardias y falangistas estaban nerviosos, deseando terminar pronto.

El pensamiento de María voló una vez más hacia todos los seres que había amado. Su corazón palpitaba violentamente, pero su semblante permanecía inmóvil. Sus grandes ojos miraban cara a cara a los verdugos. Se oyeron las siete en un campanario. María pensó:

—Ahora el niño debe despertarse. Habría que darle la primera tetada.

En sus senos, henchidos de leche, hubo como un temblor de recuerdo.

—¡Fuego!—gritó el jefe del grupo.

Una descarga sonó. María sintió las balas penetrar en su carne. Una última imagen: Miguel, su madre, su hijo. Después, nada...

Cayó blandamente, con una pierna encogida, con el semblante vuelto hacia el cielo, la boca entreabierta, en un gesto que era quizá beso, quizá sonrisa.

Los falangistas la rodearon. Uno murmuró:

—¡Qué hermosa era!

Por la carretera avanzaba, apoyándose en un cayado, con un morralillo a cuestas, una vieja, una de esas viejas andaluzas, sarmentosas, cubiertas de andrajos, renegridas, desdentadas, imagen de sibila o de bruja.

El ruido del cayado sobre el asfalto hizo volverse bruscamente a los hombres, que no se cansaban de mirar a la muerta. La vieja avanzó hacia ellos, hasta llegar frente al grupo de los fusilados. Al ver el cuerpo inerte de María, lanzó un alarido y huyó, gritando con voz bronca y rota:

—¡Verdugos! ¡Verdugos! ¡Habéis matado a una santa!

Los falangistas se miraron, inquietos. Un terror irracional hizo presa de ellos. Fanáticos y supersticiosos, contemplaron la extraña y súbita aparición de la vieja como una señal agorera. Oscuras reminiscencias alteraron sus nervios.

Las palabras de la mendiga levantaron ante ellos un fantasma histórico. Y por el aire frío, en la media luz del naciente día, les pareció ver flotar la sombra de Juana de Arco.

FIN

OBRAS QUE PODEMOS SERVIR

«El Doble», por Fedor Dostoyewski.....	175 fr.
«Los Hermanos Karamazoff», por Fedor Dostoyewski (2 t.), el t.	200 »
«La Guerra y la Paz», por León Tolstoy.....	225 »
«La Sonata a Kreutzer», por Tolstoy.....	175 »
«Resurrección», por Tolstoy.....	225 »
«El cadáver vivientes», por Tolstoy.....	175 »
«Los Cosacos», por Tolstoy.....	175 »
«¿Qué es el Arte?», por Tolstoy.....	175 »
«La esclavitud moderna», por Tolstoy.....	175 »
«Sembrando Flores», por Federico Urales.....	150 »
«Criadero de Curas y Doce Pruebas de la Inexistencia de Dios», por Sebastián Faure.....	150 »
«Socialismo autoritario y socialismo libertario», por Max Nettlau	60 »
«Ética», por Pedro Kropotkine.....	100 »
«El Apoyo Mutuo», por Pedro Kropotkine.....	200 »
«El Proletariado Militante», por Anselmo Lorenzo.....	170 »
«Kropotkine», por Planché-Delpy.....	210 »
«La vie ardente et intrépide de Louise Michel», por F. Planché	200 »
«La grande Métamorphose», por Paul Gille.....	200 »
«L'unique et sa priériste», por Max Stirner.....	325 »
«Hijos», de Pearl Buck (Premio Nobel de Literatura).....	160 »
«Prometeo», por R. Pérez de Ayala.....	450 »
«Los Aciacos», por Panait Istrati.....	225 »
«El jardín de Epicuro», por Anatole France.....	175 »
«Crainqueville», por Anatole France.....	175 »
«Las siete mujeres de Barba Azul», por Anatole France.....	175 »
«La Rebelión de los Angeles», por Anatole France.....	175 »
«Las ideas biológicas del padre Feijó», por Gregorio Marañón	350 »
«Fuenteovejuna», por Lope de Vega.....	250 »
«Así hablaba Zarathustra», de Nietzsche.....	175 »
«Obras completas de Ramón y Cajal» (edición de lujo).....	1.800 »
«Misericordia», de B. Pérez Galdós.....	480 »
«Los Pazos de Ulloa», de Emilia Pardo Bazán.....	480 »
«Don Juan Tenorio», por Zorrilla.....	100 »
«Ensayos y conferencias», por Pedro Gori.....	250 »
«El intelecto helénico», por Pompeyo Gener.....	250 »
«Milagros de nuestra señora», por G. de Berceo.....	175 »
«El capitán Veneno», por P. A. de Alarcón.....	175 »
«Águila de Blasón», por Valle Inclán.....	175 »
«Del sentimiento trágico de la vida», por Miguel de Unamuno.	260 »
«Las mocedades del Cid», por G. de Castro.....	260 »
«Pequeñas miserias de la vida conyugal», por H. de Balzac.....	175 »
«La herencia de la sangre», por C. de Alas.....	175 »
«Lo bello y lo sublime», por Kant.....	175 »
«Otelo y Romeo y Julieta», por Shakespeare.....	175 »
«El cantar de los cantares», por Salomón.....	175 »
«El héroe y el discreto», por Baltasar Gracián.....	175 »
«Delicioso, el Hereje», por Adolfo Salazar.....	260 »
«Cuentos de la Montaña», por Rudyard Kipling.....	175 »
«Bambi» (Historia de una vida del bosque), por Félix Salten.....	175 »